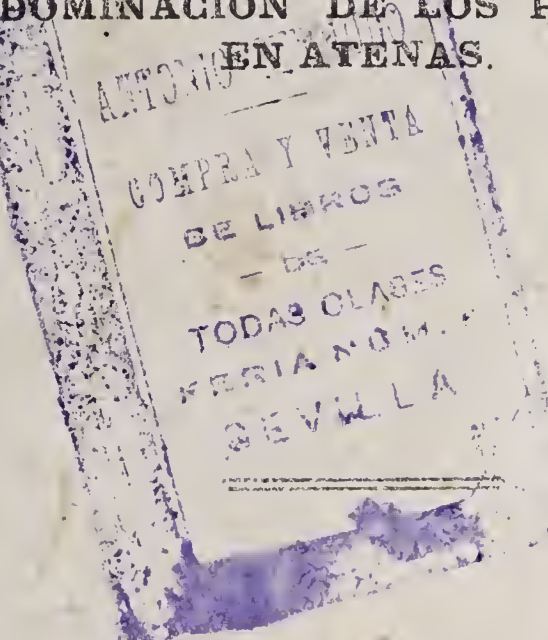
HARMODIO

TRAGEDIA

DEL AUTOR DE LA MUERTE DE NERON, TIBERIO, BLANCA, LA DEVOLUCION DEL ANILLO DE BODA, Y LA CONDESA VIUDA.

precedida de un discurso sobre
GRECIA, ESPAÑA Y EL MEDITERRÁNEO,
y de una reseña
DE LA DOMINACION DE LOS PISISTRATIDAS
EN ATENAS.



MADRID.
1866.

Imp. de A. Sta. Coloma, Dos Hermanas, 19.

DE LA IMPORTANCIA DE GRECIA

Y

DEL PORVENIR DE ESPAÑA EN EL MEDITERRÁNEO.

El descubrimiento del Continente americano cambió del todo momentáneamente el curso de las relaciones mercantiles y el giro de las tendencias políticas, ya coartadas en su curso por la invasion de los turcos en el fondo y en ámbos lados del Mediterráneo.

Mucho costó, sin embargo, para que Europa cediera, reconociendo la imposibilidad de seguir en sus antiguas vias comerciales, y dedicándose al fin completamente á la explotacion de las nuevamente biertas. Pero, apenas el brío de los otomanos y la udácia de los berberiscos fueron cesando, Europa ha uelto á buscar, por uno ó por otro medio, las relaiones mercantiles con Oriente, y á extender, cada ez más, su navegacion á Levante.

Allí fué el único foco de riqueza y de cultura: allí a de serlo eternamente de influencia y poderío: allí a de concentrarse, andando el tiempo, toda la vida Europa, y asentar su centro, hoy más que nunca; que, por una parte, el nuevo poder germánico, que inicia, ha de contener el empuje actualmente no n resuelto de Rusia sobre las demás naciones euro-

péas, y coartar y aminorar la preponderancia de París y Lóndres; ya que, por otra, los celos y la enemistad que han de reinar permanentes contra los européos en los estados de la América Meridional y la absoluta dominacion en la Septentrional y esclusiva ingerencia en ámbas y en el Atlántico, claramente destinadas por la Providencia á los Estados Unidos Norte-Americanos, han de obligar á Europa, y en particular à España, á estar á la defensiva, á cerrar á dichos pueblos el aprovechamiento del Mediterràneo, y á sacar, por medio de éste, de los senos de India y Persia, los recursos necesarios.

Afortunadamente la Península española ganará, más que perderá, con esto; preparada, como se halla, por la naturaleza, para semejante cambio. Las costas portuguesas y andaluzas tienen bien próxima al Africa, en donde pueden buscar compensacion á una pérdida, hoy ya efectuada del todo: las provincias, que el mar cantábrico baña, estrecharán relaciones con Inglaterra y con Escandinavia: y las felices costas de Cataluña, de Valencia y Murcia, recordarán sin esfuerzo el habitual camino que en otro tiempo siguieron las flotas aragonesas.

En medio de su ruta encontraràn, es cierto, á una Italia constituida en grande más que poderoso Estado: pero, ó sabrán romper tal valla á trozos, como fué siendo fraccionada en la Edad media, ó la suscitarán rival más fuerte y más coherente sobre el mar Egeo. De este modo cumpliránse las leyes que han de regir lógicamente al vasto estanque del Mediterràneo, donde ó Italia, por subdividida, no alcance más predominio que el de influencias locales tan contrapuestas como importantes, ó Italia, dominada por una sola ciudad de su prolongada Península, verá, comen-

zando por ser ella misma subyugada, esclavo al resto de Europa.

Descartado que sea este peligro, otro habrá de quedar inevitable, pero menor, por fortuna. El actual reino de Grecia, llamado á heredar la parte más adecuada para la navegacion y el tráfico, sino la más feraz de Turquía, habrá crecido hasta el punto de poder hacer suyo casi todo el comercio de Levante. Pero la misma situacion de aquellos países, tan accesibles bajo este concepto por sus costas orientales, como poco frecuentados por las que á Poniente miran, mantendrà á España en estado de poder compartir con ellos la conduccion y el cambio de productos de Asia para las naciones de Europa y ámbas Américas, y ser tal vez única en trasportar á los pueblos del antiguo Oriente las mercaderías abundantes, si de menos valor, del Nuevo Mundo.

Italia podrà tener en jaque á Grecia y sin respiro á Túnez; Grecia podrá contribuir á empobrecer á Italia; Francia y Austria podrán causar inquietudes á tal Península; pero solamente España está en posicion de dividirla y sojuzgarla, de privarla todo tráfico, àun dentro del Mediterráneo, y de hacer alianza duradera, por la completa independencia de sus intereses respectivos, con el reino, en gérmen hasta hoy, de Grecia.

Este será el heredero de la antigua gloria de la ciudad de Pericles. Pueden acabar los pueblos: mas no se pueden borrar, como por encanto, las condiciones geográficas que tuvieron. Cuantas veces venga á ser centro de comercio el golfo de Alejandría, otras tantas cobrará su primitiva importancia el puerto que le vigila, y en cuyos múltiples senos pueden llegar á albergarse los barcos que vengan del Danubio y

de Romelia y de toda la circunferencia del Mar Negro, sin que se vea menos frecuentado, por lejano ó por fuera de camino, de los buques procedentes de Iliria, Italia y España, de Egipto y de Berbería.

Por otra parte los griegos, y en especial los que habitan puntos cercanos al Istmo, son de una raza, tan inteligente y diestra ahora, como lo fué cuando mostraba por hijos á Euribíades,, Temístocles, Pausánias y Olimpiodoro. Hasta han tenido su Hiparco. No falta mas que Pericles.

¿Le lograrán? ¿Quién lo duda? Volviendo la atencion á los recientes, pero numerosos, años de su lucha con Turquía para lograr la independencia tumultuosa de que Grecia goza, de carácter igual á la que tuvo en sus antiguos y mejores tiempos, cuéntanse á millares los rasgos heróicos de sus hijos y las empresas audaces llevadas á término felizmente. No fué solamente ayer cuando contenian y agotaban los ejércitos de Persia, en peor situacion que los de Turquía para invadir y sojuzgar á Grecia: hoy mismo los otomanos han sentido la imposibilidad absoluta de contrarrestar la fuerza inmensa de expansion de los helenos.

Y cual si no fuera bastante lo ya ocurrido; cual si fuese menester dar una sancion más á lo que Europa ha visto con asombro en el llamado suicidio de las Islas Jónicas; la Isla de Candia vése ahora, y si es sojuzgada se verá mañana, convertida en liza bien desigual, pero fructuosa al espíritu de vida fecundadora que siempre ha existido en Grecia. Un puñado de habitantes, ayudados por las inevitables, pero encubiertas, aunque mal ocultas, simpatías de los griegos, reivindica, con el indomable carácter de los cretenses, el derecho de entregarse al cetro de los

helenos, sacudiendo hasta la sombra del Gobierno de Turquía. De allí pasará hasta Rodas el impulso, tocará en las Sporadas, llegando tal vez á Chipre: y en su misma marcha irá ganando más fuerzas para invadir al Epiro y la Tesalia antiguas, quizás á la Macedonia, y de seguro á las playas de Smirna y de Scala-nova, á todo el litoral del Asia menor que en un tiempo invadió con sus ejércitos y pobló con sus colonias. ¿La llevará el movimiento, que hoy sigue, á Constantinopla? Difícil es preveerlo, y más el aconsejarlo. Grecia perdería más, que ganaría en ello. Solo Atenas ó Corinto deben ser sus capitales. Cualquier centro más lejano vendria á menoscabar esas mismas condiciones que fortalecen y dan noble espíritu al Estado.

La antigua Bizáncio no puede ya descender á la situacion, que tuvo, de una colonia. La Tracia, y la misma Scitia, son hoy cultas, no país salvaje y conquistable, como en otro tiempo. Por ello lo que en su época fué presidio y factoría, tiene que ser ahora mercado de inevitable inportancia. Lo que ha de tratar Grecia es de reducirle á ser un puerto meramente de comercio, y, si fuere dable, un reducido Estado, cuya independencia, para bien del Mar Negro y del Egeo y custodia del de Mármara, garantizáran, ella la primera, todas las Potencias ribereñas y del Mediterráneo. Tal solucion es probable no descontentára á Francia; halaga ya quizás al Gabinete de Lóndres; no sería mal mirada de Austria, que puede dilatarse en Sérvia y el Danubio; la toleraría Rusia, que hallára compensacion fácil á soñadas pérdidas con la extension de sus costas por el Asia Menor y de sus límites terrestres por Moldavia; complacería á Italia, por encontrar allí

para sus buques excelente foco de comercio; y fuera deseable para España, finalmente, que veria en ello un contrapeso á Grecia, una palestra donde luchar con Italia en condiciones iguales, y un punto de escala y de depósito para llegar hasta el Danubio mismo á buscar los cereales que, unas veces para sí, otras para las islas británicas, despojadas ya naturalmente de toda colonia y de preponderancia alguna en el Mediterráneo, pudiesen cambiar en oro, para la Península ibérica, aquellas doradas mieses. Los otomanos no deben ser rechazados, mas aquí ó mas allà; esto es imposible hacerlo con ningun pueblo: tienen que desaparecer absorvidos, englobados en las naciones que son herederas necesarias ó recogerán legados de su Imperio.

¿Pero merecen los griegos que tales sucesos lleguen? ¿La fama, que últimamente han cobrado, no les perjudica mucho? Quien tal sospeche, reflexione solamente que, lo mismo que hoy Francia y Austria é Inglaterra, juzgaban á los helenos Troya, Susa y Babilonia sucesivamente: y que jamás excederán en calificarles á como se hacia con cierta fruicion en Roma, inaugurado el Imperio. Muchas de sus calidades son las genuinas de pueblos meridionales: y España, que por desgracia, ó por fortuna, las tiene, pues cuenta más analogía aún con Grecia que con Italia, malamente podria vilipendiarlas. Otras son inherentes á todo Estado que busca su libertad y su grandeza y no la puede encontrar sino en la revolucion, siempre injusta, pero siempre necesaria. Nadi[e] como el Rey Oton; y sin embargo, con él jamás s[e] soltára Grecia.

BENITO VICENS Y GIL DE TEJADA.

CÓMO NACIÓ, ESTENDIÓSE Y VINO A TIERRA,

EN ATENAS,

LA DOMINACION DE LOS PISISTRATIDAS.

Así como el Peloponeso cambió sus antiguos gobernantes al ser invadido por los dorios á cuyo frente volvieron sobre la reducida Península los descendientes de Hércules, de tal manera en el Atica, los eolios, y despues los jónios vencidos en la contienda, fueron á acrecer la poblacion numerosa, pero salvaje, que Cécrops habia comenzado á organizar en el estado social y que probablemente se halló despues durante mucho tiempo oscurecida por el cercano y exíguo reino de Salamina, á pesar de los esfuerzos laudables de Teseo para constituir en ella un fuerte estado político. Entre los primeros invasores del pedregoso y pobre territorio en que luego fué tan opulenta Atenas, halláronse unos emigrados de Beocia y de dudosa historia, pero ciertamente antigua, conocidos por la designacion de gefiréos y predecesores, á lo que dice Herodoto, de los jónios en el Atica, donde debieron entrar por la época misma en que la rigió Teséo, y á los cuales, ya por exigencias de los primitivos pobladores, ya porque se lo impusiese la irrupcion triunfante de los eólios y jónios, se cercenaron en un principio varios derechos políticos.

Pero regida por Codro, uno de los invasores, la ciudad de Atenas, fundada ó aumentada ya por Teséo, vinieron á ser comunes á todos los habitantes las leyes y los derechos, aunque por eso no desaparecieron los ódios, las pretensiones y los disentimientos nacidos de la diversidad y relativa antigüedad de raza entre las diferentes familias; de modo que, segun es el criterio del historiador antiguo, suele ser noble el oprimido indígena ó el triunfante advenedizo, y á veces recibe en un mismo libro una y otra calificacion el mismo personage, como, respecto de Solon, acontece con Plutarco.

Mas con este sabio, que mejor mereciera el dictado de político y poeta. Atenas recibió leyes, si no inmejorables, las únicas que, á su entender, podian soportar sus ciudadanos: y con ellas vivió, entre bandos y facciones que predominaron alternadamente, hasta la reforma que, medio siglo mas tarde, hizo Clistenes para fortalecer al partido democrático.

Durante este tiempo, tres fracciones poderosas se disputaron el mando. Los habitantes de la marina, á cuyo frente se hallaba Megacles, hijo de Alcmeon: los de la llanura, parte la mas rica, limítrofe de Beocia, de quienes se hizo gefe un tal Licurgo, hijo de Aristoledo: y los de la montaña, ó parte central del Atica, de la cual Atenas nutria su poblacion artesana y militar, conducidos por Pisistrato, hijo de un ciudadano apellidado Hipócrates, y, en opinion de algunos, descendiente de Melanto y Codro.

Apoderado este gefe de los ánimos de todos, mediante la mágia de su elocuencia y tal vez por el apoyo que Solon, pariente suyo, le dió en su adolescencia, prendado de su hermosura y de su talento, vióse contrastado por los alcmeonidas, hasta el punto de haber de ausentarse, abandonando el gobierno; pero, bien pronto, las turbulencias que hicieron notar su irreparable falta y que tal vez sus intrigas fomentaban desde fuera, obligaron á Megacles á solicitar su regreso, para que el pueblo no se rebelase ó para que la ciudad floreciese. Ello es que, dando á Pisistrato su hija en matrimonio y haciéndole acompañar de una mujer de jigantesca estatura armada de punta en blanco sobre un carro suntuosísimo, le hizo entrar en Atenas precedido de heraldos que excitaban al pueblo á recibir con aplauso á Pisistrato, elegido de Minerva, quien por sí misma le conducia á su propia ciudadela ó templo del Acrópolis, donde el Partenon se ostenta todavía. Pero esta alianza de los dos rivales no pudo ser duradera. Pisistrato, reproducido ya en hijos procedentes de otro matrimonio y llegados á la pubertad, y sabedor al par de que el pueblo de Atenas consideraba siempre á los alcmeonidas como víctimas de una maldicion de Minerva, no cuidó de tener mas descendientes y antes bien procuró que sus caricias á la hija de Megacles fuesen de naturaleza de no poder originarle vástagos. Y sea porque Megacles se irritase á consecuencia de las revelaciones de su hija, sea que Pisistrato procurase (lo cual no sería de estrañar tratándose de aquel país y aquel tiempo) que se supiese el agravio que á Megacles inferia, para romper así con los partidarios de éste y acre-

centar su propia popularidad, brotó nuevamente la revolucion en Atenas. La coalicion de sus contrarios arrojó del poder á Pisistrato, quien, emigrado con sus parciales y sus hijos, celebró consejo de estos, y en virtud del dictámen del primogénito Hípias, de que se intentára recobrar de nuevo el gobierno omnímodo de Atenas, buscó secuaces, concertó alianzas, y al frente de numerosos mercenarios de diversas partes de Grecia y con subsidios de muchas de sus ciudades, avanzó contra la ciudad, derrotó al ejército de ésta, que habia salido á presentarle batalla, se apoderó de la poblacion, perdonó á la generalidad de los atenienses, relegó á algunos y conservó en rehenes á los hijos de otros. Su tiranía, apoyada en crecidísimas rentas y en muchos soldados extranjeros, fué desde entonces sumamente blanda y fructuosa en extremo para Atenas, en cuanto se referia al material engrandecimiento y no á las franquicias y libertad tumultuosa que anteriormente gozaba: y pudo trasmitirla á sus descendientes sin el menor menoscabo.

Hípias le sucedió, en union de sus hermanos Hiparco y Tesalo, de bien diversa condicion sin duda; pues si bien hay dudas acerca de la primogenitura entre ellos, no la hay en que Hípias concluyó por ser un político enérgico y egoista, muriendo en Maraton como enemigo de Grecia y auxiliar del rey de Persia, en que Hiparco (si ya no le precedió en ello Pisistrato) reunió los versos, áun no recopilados de Homero, protegió á los poetas y los atrajo á Atenas y cubrió sus monumentos de imágenes é inscripciones, y en que Tesalo vino, al fin, á fallecer, como oscuro ciudadano, en la misma poblacion que vió su fastuosa cuna.

Poco despues tuvo efecto la catástrofe que dió himno nacional á Atenas y poéticos colores á su estandarte político. Todos los historiadores la refieren de igual modo, que Platon solamente contradice: y Tucídides lo hace con precision tan grande, en lo sencilla, que solo es dable copiarlo.

Por esta época, Harmódio, de la casta gefiréa, gozaba en su plenitud la flor de la adolescencia: un ciudadano, Aristógiton, tambien de igual procedencia, embelesado por él, obtuvo su confianza. En tanto Hiparco, inducido por el mismo sentimiento, procuró inútilmente seducir á Harmódio, quien, diciéndolo á Aristógiton, llenó á su amigo de celos. Recelando, pues, que Hiparco no se lanzase á otros medios para conseguir sus fines, creyó Aristógiton ser necesario anticiparse, derrocando de una vez la tiranía. Y no iba

descaminado. Hiparco, ya sin esperanza alguna, trató de afrentar á Harmódio de una manera indirecta. Haciendo venir á cierta ceremonia sácra una hermanilla de Harmódio, designándola para llevar el cesto tradicional, luego Hiparco, como sorprendido de la audacia de ella, fingióse ignorante de que se la hubiese llamado y la rechazó diciéndola que mal podia invitar para tan alto empleo á quien no era digna de recibir esta honra. Harmódio y Aristógiton, cegados por la ira, buscaron una ocasion para tomar venganza; y creyeron encontrarla en la fiesta religiosa principal de Atenas, designada con el nombre de Grandes Panatenéas, único dia en que los ciudadanos podian salir armados para hacer lucir así la suntuosa comitiva. Por mas seguridad, ó queriendo no exceder del carácter de particular encono que en su intento habia, iniciaron pocas gentes en la conspiracion, esperando que el atrevimiento de ellas fuese suficiente para que, en el mismo instante, los que de nada estaban advertidos coadyuvasen sin embargo á reconquistar la libertad perdida. Malograda una primera tentativa que al parecer dirigian contra Hípias, cuando este organizaba fuera de la ciudad la comitiva, los dos amigos vuelven á Atenas furiosos, para concentrar ya únicamente toda su ira en Hiparco; y, hallándole cerca del templo, le acometen ciegos y le dejan muerto. Harmódio lo fué en seguida por los guardias: Aristógiton, que pudo escapar entre la confusion del momento, fué detenido bien pronto, y, antes de morir, atormentado cruelmente. Hípias, apenas recibió el aviso de lo que ocurria, se encaminó hácia el punto donde se encontraba la mayor parte de los Atenienses armados; y sin hacerles sabedores de lo acontecido, les previno pasasen á otro sitio, dejándoles creer que se trataba de conferenciar con ellos; y en tanto los secuaces de Hípias se apoderaron de las armas, hizo él prender á cuantos ciudadanos le parecieron sospechosos en aquel instante, desde el cual el yugo pesó en Atenas.

Tres años aun fué tirano: al cuarto, los lacedemonios, envidiosos de Atenas y ligados con el partido de los Alcmeonídas, penetraron en la ciudad, aprovechándose de la hostilidad contra Hípias por parte de los ciudadanos; pero, ni hubieran continuado en ella, ni menos hubiesen llegado á apoderarse de la ciudadela (ó *Acrópolis*) donde estaban guarecidos los Pisistratidas, sus secuaces y soldados, si no hubiesen tenido la suerte de capturar á los hijos de ellos cuando se les enviaba secretamente fuera del territorio, para evitarle

los riesgos de la contienda. Por recobrarlos, aceptaron cuantas condiciones se les impusieron: y tras un gobierno de treinta y seis años en la ciudad de Minerva, se acogieron á Sigea, sobre el Scamandro, donde dominaron, despreciando las ofertas que les fueron hechas de igual soberanía en otros puntos, hasta que mas adelante Hípias pasó á residir, como huésped de Eantides, en Lampsaco, y luego del Gran Rey ó Rey de Persia Darío, con cuyo ejército vino á Maraton, mas tarde, para hallar la muerte, y en vez del dominio de cuanto ocupase, que el horóscopo habíale predicho, el corto sitio que necesitaron sus restos, ya que no, como él creia, el breve espacio en donde cayera un diente que perdió al comenzar la batalla.

Entonces llegó su vez á la grandeza de Atenas, y á su preponderancia sobre el resto de la Grecia; pero su libertad habia comenzado y su fuerza habiase hecho patente desde el instante de la expulsion de los Pisistratidas, así como su espíritu de igualdad, y de conocimiento del propio é individual decoro, desde el atentado de Aristógiton y Harmódio, desde la muerte de Hiparco. Cuando hay quien responda al agravio inferido, y quien mantenga la pureza agena, aun más, si cabe, que con la propia lo haria; cuando hay quien tiene valor para acometer, sin mas medios que su mismo ánimo, empresas que otros creerian reservadas para considerables ejércitos ó partidos, mas justo es confiar entonces que, en otro caso, en la tarda é incierta fuerza colectiva, por inmensa que esta sea.

Así lo comprendió Atenas unánime: el nombre de los dos amigos quedó, en tan gran estimacion, como entre los españoles de hoy el de Daoíz y Velarde. Himnos consagrados á ámbos, pero especialmente á Harmódio, alguno de ellos tal vez composicion de Simónides; evocacion constante de su memoria como ejemplo, cual hízolo Milciades en Maraton al rogar á Calimaco diese el voto necesario para decidir en el consejo de los generales el arriesgar la batalla; tradiciones relativas á la arrogancia de Aristógiton y sus respuestas á Hipias; hasta la apoteósis de una mujer estimada de Aristógiton y que compartió su ódio al tirano y los tormentos con que éste le dió castigo; todo cuanto le era posible acumular sobre el hecho, otro tanto juntó Atenas. Los preceptos de Solon, que aún se conservan en parte, sobre la templanza y la rectitud de miras; las mejoras de Pisistrato en la buena administracion, el ornato y el predominio de la ciudad de Minerva; la astucia y la discrecion

de Hípias; la clara inteligencia, el profundo saber y el hondo celo de Hiparco; la popularidad, la posicion y las grandes empresas de Milciades; todo quedó oscurecido ante el hecho aislado, que hoy apenas comprendemos en la importancia que tuvo ó se le dió en aquel tiempo. Doscientos años despues, aún lucian las estátuas de los dos amigos, como el ornamento principal de Atenas, siendo el orgullo de los ciudadanos y el asombro de los extranjeros, hasta el punto de no hallarse nada comparable en gloria, al par que histórica, artística, ni áun las trescientas sesenta efigies de Demetrio de Falera, ó las imágenes de Antígono y de su hijo el Poliorcetes, bordadas en la bandera que, mucho mas tarde, ondeó en las Panatenéas.

Y es que Atenas reverenciaba el ánimo de sus héroes, más que el éxito de la temeraria empresa: es que dos adolescentes daban á los hombres fuertes el ejemplo del arrojo: es que su mismo sacrificio servia de fundamento, más sólido cuanto más desventurado, á la libertad de Atenas.

Jamás hubo religion sin mártires y revolucion sin víctimas. ¡Dichoso el pueblo que logra tener algun ciudadano que exponga su existencia por la satisfaccion noble de que gocen de prosperidad y rebosen de altivez las de los otros! La prosperidad material llegada al más alto grado en la época de Pisistrato, la degeneracion consiguiente de los caractéres, tal que nadie, durante varios años, pensó en tomar reparacion solemne del sacrificio de Harmódio y de Aristógiton, todo esto necesitaba y halló esta firme sacudida. La sangre es siempre fecunda; pero ¿quién se resigna á ser semilla para la cosecha agena?

B. V. y G. de T.

HARMODIO.

TRAGEDIA.

Esta Tragedia no ha sido presentada al Censor de Teatros, para su exámen. Si álguien cayere en la tentacion de representarla, deberá ántes cumplir esta formalidad por sí mismo.

ADVERTENCIA.

Cuantas armas el crítico necesite, las ha dado el autor en su anterior reseña de la dominacion de Pisistrato y sus hijos en Atenas, cuando la trama y los versos de la tragedia que hoy da á luz no fueren por sí bastantes. Mas no teme, sin embargo, la opinion del erudito discreto en lo que otros receláran: acerca de las infinitas variaciones que, sin alterar el colorido y el efecto de época, ha introducido en la historia que constituye el fondo del argumento. Todo artista que admira algun paisage, una escena, una figura, corrige en el pensamiento cuanto falta á lo que vé, para despertar en otros la idea de lo sublime ó lo bello que él obtiene en pocos y aislados rasgos, al modo que el matemático presume ya en los miembros ó secciones del problema la absoluta deduccion que habrá de ser su remate.

No hay revolucion alguna que nazca de lo que es ínfimo; y si tal sucede, no logra su fomento y su corona, si una mano de ilustre procedencia, ó ya famosa por sus grandes hechos, no viene á prestarle impulso; lo mismo que no hay poder, más cuanto más absoluto, que no tenga sus raices en lo más hondo del pueblo. Cuantos quieran, pues, tratar de las revoluciones, para presentarlas de una manera artística, han de contar lo primero con estos requisitos para el cuadro. Al transportar, por consiguiente, el autor, sobre la frente de Harmódio, sin merecimiento alguno personal hasta el instante de su sacrificio, todo lo que mas bien existia en Hípias y en Hiparco: y al privar á estos de las calidades que constituyen la base de la arrogancia de Harmódio, no crée haber andado muy distante de lo que, si no es la verdad, es la verosimilitud, y si no se halla en la historia, campea esbelto en el arte.

Mucho pudieran decirle, más aún de lo que él ha dicho en las anteriores páginas, tal vez no tanto como él diria, si le expusieran reparos. El padre puede engañarse respecto á la bondad del hijo, y desconocer la idea que de éste se conciba: pero ¿quién, como el que desnudo recibióle en brazos, podrá decir los lunares que en su cuerpo tenga?

DEDICATORIA.

Á A***** T.

Por tí ha nacido Harmódio: y durante algunos meses tú has fomentado el crecimiento de él, sin que me dijeses ni supieses cosa alguna de este estudio literario. No obstante, cuando leas este drama, hallarás en cada frase consignado algun suceso ó algun pensamiento relativo á entrambos,

La primera vez, que viste versos mios, dudaste, aunque eran emanados del recuerdo tuyo, si procedian de mi estro desconocido de tí, ó si eran copia de las obras de un poeta que pregonase análogas impresiones. Tu desengaño fué pronto; y conociste ser tú quien dábales sueltas alas para que libres volasen.

¿Y cómo de otra manera? Nadie te profesa afecto que pueda igualarse al mio: bien es verdad que pocos te conocen. Por eso afortunadamente no envidiarán la inmensa dicha que mi alma goza al inscribir la inicial de tu halagüeño nombre, que es universal consuelo, al frente de mi tragedia, y como su única, mejor y mas fulgente corona.

MADRID: Viernes Santo, 30 de Marzo de 1866.

HARMODIO.

PERSONAGES.

HARMODIO. (17 años.)
ARISTOGITON. (28 años.)
HIPARCO. (35 años.)
TESALO. (17 años.)
HIPIAS. (55 años.)
MILCIADES. (35 años.)
FILOCLES. (50 años.)
UN SOLDADO. (40 años.)
EUFROSINA. (15 años.)
EURICLEA. (45 años.)
LA VOZ DE CALÍSTENES (de anciano.)
VARIOS CIUDADANOS.
EL CORO DEL PUEBLO.
SOLDADOS, HOMBRES Y MUJERES DE ATENAS.

La accion pasa en Atenas, el año 514 antes de la era cristiana. La escena representa una plataforma ó esplanada, elevada sobre gradas, junto al templo de Minerva. En lontananza y á derecha é izquierda columnatas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

HARMÓDIO.—HIPARCO.

ARMÓDIO. Es en vano insistir. Hiparco, cesa
En tu inútil afan.
IPARCO. ¿Ni una palabra,
Ni el ardor de mis ojos, ni los ayes
Del apenado corazon, te bastan?
¿Qué mas pruebas, Harmódio, necesitas
Para obtener tu estimacion?
RMÓDIO. Ganarla.
Y eso nunca sabrás.
IPARCO. Nada te ofrezco.
Mas lo que anheles que se cumpla manda.

HARMÓDIO. Vuelve las leyes de Solon, al punto,
A su antiguo esplendor. Deja la guardia
Que los umbrales de tu casa afea
Y el continuado recelar declara.
¿Qué te importa de Atenas? Si, cual dicen,
A sus hijos desprecias, si tu raza
Es inmortal y superior, ¿qué temes?
Y si te debe amor, ¿por qué la agravias?

HIPARCO. ¡Yo despreciar á Atenas! ¿Sospecharlo
Puedes, Harmódio? Aunque sus ricas playas
No me dieran el fausto y la riqueza
En que el poder omnímodo descansa;
Aunque no la debiera haber mecido
Feliz mi cuna y educado el alma,
Sabes, Harmódio, que quererla debo.

HARMÓDIO. ¿Yo saberlo? ¿Por qué?

HIPARCO. Porque es tu patria.
Nada veré de indiferente en ella:
Seguro está.

HARMÓDIO. ¿Con que tambien la amas?

HIPARCO. Tambien, Harmódio, como tú, la adoro.

HARMÓDIO. No como yo, pues que la ves esclava.

HIPARCO. Yo no soy el tirano.

HARMÓDIO. Mas sus leyes
Se decretan, Hiparco, en tu morada.
Tú, que cerca le tienes, tú, á quien rinde
Homenaje de amor, para quien guarda
Su potestad y su opulencia, debes
Libertarla del yugo que la infama.

HIPARCO. ¿Sabes, Harmódio, si podré?

HARMÓDIO. ¿Tu padre
No te habrá de escuchar? Ruégale, clama,
Cual ciudadano tú, si es que lo eres.

HIPARCO. ¿Y lo dudas aún? Mas si no basta...

HARMÓDIO. Por tal deseo el corazon henchido,
Hasta triunfar humíllate á sus plantas.

HIPARCO. ¿Y eso Harmódio?...

HARMÓDIO ¿Habrá alguno que resista
A los ruegos de amor? Si se acompañan
Con la bondad de la justicia augusta,
¿Quién no se postra y obedece?

HIPARCO. Calla.

Cesa, oh Harmódio, que en mi pecho vuelves
A renovar la adormecida llama.
Son invencibles los amantes ruegos
Dices... mas ay! si tu rigor no aplacan!...
Te he pedido la mano de Eufrosina :
Y desechas, cual mísera, mi alianza.
Bien te consta, oh Harmódio, si deseo
Entre los dos tiernísima estrecharla.
Desde que un dia, por la vez primera,
En el templo te vi, desde que grata
En mis oidos resonó argentina
La dulce voz, que de tu labio enlaza
Voluntad y valor, desde que ufano
Te vi alcanzar la codiciada palma
Del gimnasio en la lucha, mientras lleno
De admiracion el pueblo te cercaba;
La perfeccion y la hermosura inmensas
Que en tu cuerpo seducen, la sagrada
Armonía del alma, que produce
Donde estás uña atmósfera que embriaga,
Todo el misterio, el embeleso todo
Que de tu augusta procedencia irradia,
Me enloqueció. Desde el instante mismo
Tu sombra soy; tu adorador. La casa,
Dó naciste y habitas, me ve Atenas
Rondar apenas se vislumbra el alba.
Por mis órdenes fué, si es que lo ignoras,
Que cubierta la hallaste de guirnaldas
Al regresar de la funcion solemne
En que elevaste la comun plegaria.
Yo he sido aquel que de tu umbral las piedras
Con respeto humildísimo besaba
Cuando, en la noche, ni la blanca luna
Turba del mundo la medrosa calma.
No descanso, no vivo, si despierto,
Giro en redor de la amorosa llama;
Siento en el sueño que, en el pecho mio,
Con el recuerdo la quietud batalla.
Mi albedrío, no en mí, se halla en tus ojos...
Y con desden me niegan sus miradas.

HARMÓDIO. Más del estado de tu pecho nacen,
Que del rigor injusto que me achacas,

Tus recelos, Hiparco.

HIPARCO. No lo niegues.
Solo desden á quien te adora guardas.
Y hoy cuando busco, por calmar mi pena,
Una prenda gratísima de alianza,
Pones aun, al corazon transido,
Una invencible y enojosa valla.
Yo salvarla creí: romperla quise.
Pensé hallar gratitud. ¿Quién implorara,
Siendo quien soy? Mas los supremos dioses
Todo, á su instable voluntad, lo cambian.
De una raza proscrita procedente,
Sobre los hijos del tirano mandas:
Y quien puede obligarte á sus caprichos
Póstrase humilde hasta besar tus plantas.
Rendido estoy, sin esperanza alguna.
Ser tu amigo, tu hermano confiaba,
A mi lado ostentarte, al par que ufano
De mi opulencia y potestad gozaras...
Me fué en vano esperar. Inquiero entonces
Quien, con menos rigor, mas dulce el alma,
Me pudiera ofrecer en lazo tierno
Lo que el dolido corazon aguarda;
Y me dicen que, huérfano, proteges
La orfandad inocente de una hermana.
Eufrosina es su nombre. Segun dicen,
En hermosura y en virtud te iguala.
«Eufrosina será reina de Atenas.»
Trémulo de placer mi labio esclama:
Y pensando en un hijo que te copie,
Mi corazon de regocijo salta.
Vengo á tí, ruego, imploro: me desdeñas.
Con imperiosa voluntad me trazas,
Contra el padre y señor, lo que imposible
El universo unánime juzgara:
Y aun, al partir, no sé si mis esfuerzos
La recompensa merecida alcanzan.

HARMÓDIO. Sirve á Atenas y en ello recompensa,
Cual ninguna, tendrás.

HIPARCO. La que mis ánsias
Buscan de tí depende. ¿Qué me importa
Si, obligándote yo, sirvo á mi patria?

HARMÓDIO. Puedes, Hiparco, devolver á Atenas
La justicia y la union que te demanda.
Deponiendo rencores, luego Harmódio,
Prenda de amor, te otorgará su hermana.

HIPARCO. ¿Será mia Eufrosina?

HARMÓDIO. Será tuya.

HIPARCO. Palas, piedad: de tu ciudad se trata.
Por la mano de Hiparco y de Eufrosina
Logre obtener su libertad sagrada.

(*Vase Hiparco por el lado izquierdo. Por el fondo entra Aristógiton.*)

ESCENA II.

HARMÓDIO.—ARISTÓGITON.

ARISTÓGITON. «De la mano de Hiparco tendrá Atenas
Libertad; y Eufrosina será esclava.»
Tal acabo de oir. Ríndese Harmódio.
Toda la antigua prevencion fué vana.
¿Del tirano los ruegos qué no vencen?
¿Qué voluntad contra la suya basta?
Quién resiste, si Harmódio el gefiréo
Hasta un vil Pisistrátida se baja?
Fué tu padre Hegesipo. Ora lo olvidas.
De Teséo cual tú viene tu hermana.
Y no obstante lo olvidas. ¿De qué hechizo
Se ha valido hoy Hiparco? ¿Te acordabas
Siquiera que, por tí, por la memoria
De tu honrada progénie y la esperanza
De que Harmódio legisle para Atenas
Que su prudencia y rectitud ensalza,
Indiferente á seduccion alguna,
Yace, en el odio del tirano, esclava?
¿No ha surgido el recuerdo tan siquiera
De los que lejos por su patria claman?
¿No has tenido, oh Harmódio, un pensamiento
De los que todo por tu amor dejaran?

HARMÓDIO. Aristógiton, sé cuanto has sufrido
Por compartir tu corazon mi causa,
Y, aunque apenas mayor, cual me cubrieron

De tu desvelo paternal las ánsias.
De distintas familias, yo maldito
De quien tiene el poder, tú en la esperanza
De proteccion omnímoda, rompiste
Con el que, lleno de emocion, te ansiaba.
Hípias, en vez de gratitud, hallóse
Con tu inmenso desprecio: la distancia,
Que separa el favor de la miseria,
Por mi cruzaste con serena planta.
Mis consejos inútiles, mis ruegos
Desdeñaste invencible. Tiene el alma
Tantas deudas contigo, que imposible
Es en la humana condicion pagarlas.

ARISTÓGITON. ¿Qué mas puedo querer? ¿No tengo, Harmódio,
Tu cariño seguro? ¿No se guardan
Para el fiel Aristógiton los brazos
En que los mismos dioses se arrojáran?
Cuando Atenas del tierno adolescente
La hermosura, el candor, la ciencia ensalza,
¿No me dices que al punto la memoria
Vuelves á aquel que embelesado calla?

HARMÓDIO. ¿Cómo no, mi Aristógiton, si debo
A tu amor y virtud cuanto en mí alaban?
¿Quién reprimiera la elocuencia propia
Porque luzca la mia? ¿Quién guiara
A la meta mis pasos? ¿Quién ciñera
En la lucha mi cuerpo? En la borrasca
¿Quién se lanzó á la mar por el cadáver
Del Harmódio que muerto ya lloraban?
¿Al cuidado de quien debió la vida?
¿Quién se interpuso en la silvestre caza
Del jabalí, por recibir la herida
Que á mi existencia débil amagaba?
¿A quién debo rendir, sino á Aristógiton,
Gratitud y obediencia? ¿Qué palabras
Pueden mover del corazon las fibras,
En profunda emocion, con fuerza tanta?

ARISTÓGITON. No exageres, oh Harmódio, los servicios
Que te pude prestar. ¿Quién los negara,
Siendo por tí? Mas ¿cómo de tu lado
Fuera dable apartarme? Abriste el alma,
A la par que al saber, á mi cariño.

Fructificó con la razon la alianza.
Toda Atenas, por verte en mis rodillas,
Llena de noble envidia ponderaba
La suerte de Aristógiton. Minerva
Me otorgó estar presente á tus desgracias.
Con mis besos borré de tus megillas
Las abundantes lágrimas amargas
Que la muerte de un padre en el destierro
Hizo brotar del ánima indignada:
Y, en otra triste memorable noche
En que el dolor por tu mansion reinaba,
Desde el yerto regazo de tu madre,
A mi pecho abrazándote, pasaras.
«Yo su padré seré», díjeme entonces.
Tú entretanto á Aristógiton clamabas:
Y la tierna expresion de «hermano mio»
Solamente tus labios sollozaran.
¿Qué mas puedes hacer? Amas, Harmodio,
A Aristógiton tú: y eso le basta.
Mas él hoy no se queja, no reprende,
Por vez primera, á Harmódio en propia causa.
Por la suerte de Atenas, por la gloria
Que obtener de él confia, por la alianza
Del generoso pueblo que conspira,
Fija en tí su atencion y su esperanza,
Hoy que por órden tuya fuí testigo
De los ruegos de Hiparco, que á sus ánsias
Vi responder, cual bálsamo indebido,
Tus vacilantes débiles palabras,
Me apresuro á traer á tu memoria
Cuanto te obliga á recordar tu raza.
Por no ver al tirano, hace dos años
En el sacro festin vése mi falta.
Quien los huérfanos hijos de Hegesipo,
Con anhelo frenético, idolatra,
Quien conspira anhelante, mal pudiera
Mirar del Pisistrátida á la cara.

HARMÓDIO. Por Atenas conspira: en mí no pienses.

ARISTÓGITON. Ambos afectos el destino enlaza.
Pero Harmódio obligado está el primero
A mantener en pié nuestra esperanza,
Y no, con débil corazon, rendirla

A una trama tal vez premeditada.
¿Sabes si Hiparco, cuando tanto ruega,
Piensa encubrir la culpa hereditaria,
Y si un plan, por su padre concebido,
Privar á Atenas de esperanza trata?
La mano de Eufrosina solamente
Debe premiar á quien, por ver su patria
Libre del yugo, su existencia exponga,
O á quien padezca por llorarla esclava.

HARMÓDIO. Verdad es que cien veces me dijiste,
Y el corazon tambien me declaraba,
Que familias que deben á los dioses
Y al favor popular cierta privanza,
Llevan consigo el sacrificio eterno
De cuanto anhela por instinto el alma.
¿Mas mi hermana tambien? ¿No basta Harmódio,
Para víctima ser? ¿Sabes si ama
Eufrosina, si Hiparco, si algun bello
Adolescente, de virtud preclara,
Vive en sus ojos y en el alma reina?
De derrocar la tiranía tratas;
Y tirano, Aristógiton, me quieres
Contemplar á mi vez y con mi hermana.

ARISTÓGITON. No lo serás. No juzgo de Eufrosina
Tan entibiada y caprichosa el alma,
Que otorgue pensamientos ni deseos
A enemigos de Harmódio y de su patria.
Si hay quien acaso el corazon la ocupe,
Digno será de ti: pregunta, aclara
Si ella siente ya amor, si ya en su pecho
Reina la oculta devorante llama.
Mas la tienes aquí. Con lento paso,
De la anciana Euricléa acompañada,
Hácia el templo camina; y denso velo
La honestidad de su semblante guarda.

ESCENA III.

HARMÓDIO.—ARISTÓGITON.—EUFROSINA.—EURICLÉA.

EUFROSINA. Adios, hermano mio.
EURICLÉA. Adios, Harmódio.

Aristógiton fiel, guárdete Palas.

EUFROSINA. No te detengas, Euricléa.

EURICLÉA. *(A Eufrosina.)* ¿Temes
Que inútilmente al peristilo salga?
Un amante leal, aunque impaciente,
Sin murmurar de la demora, aguarda.
(Vanse por el lado izquierdo Eufrosina y Euricléa.)

ESCENA IV.

HARMÓDIO.—ARISTÓGITON.

HARMÓDIO. Vacilaba Eufrosina hace un instante.
¿Serán vergüenza ó timidez la causa?
¿Tendrás razon?

ARISTÓGITON. Alderredor del templo
Llegando va la poblacion en masa:
Y entre ella viene, con ligero paso,
De mi padre el anciano camarada.

ESCENA V.

HARMÓDIO.—ARISTÓGITON.—FILÓCLES.—PUEBLO.

ARISTÓGITON. ¿Por qué corres, Filócles, de tal modo
Que han olvidado la vejez tus plantas?

FILÓCLES. Necesito, Aristógiton, hablarte.
Pues Megácles no se halla en su morada.
Como sabes que siempre el largo muro
Visito, apenas si aparece el alba,
Hoy á Nestéo en la ferrada puerta
Encontré, que de mí se recataba.
Él no estaba en Atenas; su regreso,
Que ha debido ocurrir esta mañana,
Prueba ser cierto que, cual dicen, Hipias
Mantiene ocultas, alevosas tramas.
Ya recuerdas las fuerzas de Nestéo;
No saltara, ni Ayax, nuestra muralla;
Alguien sin duda le entregó las llaves:

Y es proverbial, por la maldad, su raza.

ARISTÓGITON. Busca á Megácles, y el suceso dile.
Nuestro gefe ha de ser, si, cual propalan
Cuotidianos rumores, á los persas
Los viles pisistrátidas se enlazan
Con el pacto villano que ser debe
Lazo á Grecia y baldon á nuestra patria.

FILÓCLES. Mas si fuera verdad!...

ARISTÓGITON. Descuida: entonces
Tu inquietud para siempre terminara.
Ni uno solo con vida quedaria.

FILÓCLES. Mas ¿quién habrá para suplir su falta?

ARISTÓGITON. En Harmódio confia.

FILÓCLES. ¿En ese niño?

ARISTÓGITON. Una corona de laurel le aguarda.

FILÓCLES. ¿Y el precepto de Delfos?

ARISTÓGITON. No te inquiete
Es de la raza de Teseo santa.

UN CIUDADANO. Bello Harmódio, salud.

HARMÓDIO. Détela Apolo

OTRO CIUDADANO. Llegue el dia, que anhelo con el alma,
De que restaures las holladas leyes.

OTRO. Tu valor y saber aumente aún Palas.

OTRO. Cuenta conmigo.

OTRO. Cuando llegue el dia
De arrollar nuestros déspotas, me llama.

ARISTÓGITON. Ya lo ves, cuantos llegan, otros tantos
Con profunda emocion, ríndenle párias.
Nadie en Atenas, entre pueblo y nobles,
Puede fundar tan sólida una alianza.

FILÓCLES. Sabes tú más que yo: y así, someto,
Sin reserva, mi juicio á tus palabras.
Voy á hablar á Megácles.

UN CIUDADANO. Aristógiton,
¿Cuándo es la hora de luchar?

HARMÓDIO. Aguarda
Un momento, Filócles: ¿Has notado
Si Aristógiton... *(Con voz turbada.)*

FILÓCLES. Di. *(Imperativamente.)*

HARMÓTDIO. *(Con emocion.)* A álguien ama?...

FILÓCLES. No le he visto rondar, ni entre festines.

HARMÓDIO. ¿Nada distingue con su amor? *(Con timidez.)*

FILÓCLES. La patria.

HARMÓDIO. Ya, Filócles, lo sé. ¿Pero en su rostro
Jamás has visto otra pasion?

FILÓCLES. *(Mirando á Harmódio.)* Pensaba
Hasta hoy, que era asi: mas bien lo sabes,
Y te debe constar á quien él ama.

HARMÓDIO. ¿Yo? *(Con sorpresa.)*

FILÓCLES. Tú. *(Yendo á retirarse.)*

HARMÓDIO ¿Y á quién? *(Deteniéndole.)*

FILÓCLES. *(Retirándose.)* Perdóname, si callo
Lo que de Harmódio la opinion ensalza.

UN CIUDADANO. *(A Aristógiton.)* Mira que hoy nos armamos: esta fiesta
Autorízalo asi. Haz qne la danza
Guerrera verdad sea.

OTRO. Lo que fuere,
Por bien de Atenas, necesario manda.

OTRO. Apresura, Aristógiton, la hora.
Ve que no puedo más.

ARISTÓGITON. *(Al último.)* Clínias!...

CLÍNIAS. La fama
Que da la adulacion, de justo á Hiparco
Y á Hipias de sábio, mi paciencia cansa.

ARISTÓGITON. *(A Clínias.)* Tal vez no tarde en reclamar tu auxilio.

UN HOMBRE. Hácia el templo corred. Cubre las gradas
Ya la gente mas pronta. Toda Atenas
Vendrá á llenar atónita la plaza.
Nadie entiende los ritos como Hiparco.

OTRO. Cual su padre es de sábio.

OTRO. No se hallan
Dictadores como estos. Bien Minerva
Diz que á los pisistrátidas ampara.

OTRO. Nuevos cantos hay hoy. Del ciego Homero
Se han hallado más versos.

OTRO. A la estátua
De la diosa un broquel de oro bruñido
Me aseguran se puso esta mañana.

OTRO. De doscientos cantores será el coro
Que á la tarde saldrá.

OTRO. ¿Por qué te afanas
Si aún es temprano?

OTRO. Llenaráse el templo:
Y quiero ver de cerca las sagradas

Ceremonias. No ha habido, cual Hiparco,
Un supremo pontífice de Palas.
Ya vereis esta tarde con qué pompa
Todo se hará.

ARISTÓGITON. La muchedumbre carga.
En pos de ella, alejémonos, Harmódio;
Que Hipias, entre parásitos, avanza. (*Vánse.*)

ESCENA VI.

HARMÓDIO *y* ARISTÓGITON, *alejándose.* HÍPIAS *y* TESALO, *acompañados de* CORTESANOS *y* SOLDADOS, *avanzando.*

UN CORTESANO. Aristógiton es.

OTRO. Los gefiréos,
En cuanto llegas, de pavor, se apartan.

OTRO. Cual la luna del sol.

HÍPIAS. (*Con ironia.*) Mejor dirias
Que del leproso odiado se separan.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

HÍPIAS.—TESALO.—CORTESANOS *y* SOLDADOS.

HÍPIAS. (*A los soldados.*) Con respeto guardad, mas con firmeza,
Las avenidas del sagrado templo.
(*A los cortesanos.*) Veros llegar al venerando rito,
Anuncie en él mi presidencia al pueblo.

ESCENA II.

HÍPIAS.—TESALO.

HÍPIAS. De aduladores y de guardias libre
Ya me tienes, Tesalo: y de tu pecho
Puede pasar al de tu amante padre
La confidencia débil que preveo.
¿Quién te amolda á sus planes, hijo mio?
¿Quién te llena de escrúpulos? Tu abuelo
No creara el poder, en que ahora vives,
Si llegára, de imbécil, á tenerlos.
¿Qué ley es la que hoy dicen que he infringido?
¿Con qué causa se evoca hoy el recuerdo
Del modesto Solon? ¿Cuál es la sombra
Con que se intenta perturbar tu sueño?

TESALO. Hoy Atenas murmura: y no se trata
De sus constantes, cuotidianos celos
Del feliz dictador. Cual otras veces,

Hoy no se ocupa de tu fausto el pueblo;
Ni, en su ciencia y riqueza, altivo mira
Si naciste su igual y debes serlo.
Hoy su fama, su honor, su predominio
Sobre toda la Grécia, los esfuerzos
De padres y de abuelos por crearnos
Reconocido y absoluto imperio
En la tierra y el mar, de tí los fia:
Y hay quien afirma que podrás perderlos.
El monarca de Persia ha convocado
De sus vastos dominios los guerreros.
Los tesoros, las fuerzas, las alianzas
Y el colosal impulso de su reino
Contra Grécia dirige: los estados
De esta pobre region tiemblan de miedo;
Y únicamente en la pericia esperan
De los hijos de Atenas: todo el pueblo
Por luchar se declara: en todas partes,
Sin que lo mandes tú, se hacen aprestos:
Y solamente la eleccion te dejan
Del que sucumba disponiendo de ellos.
No confian en tí. Hay quien murmura
Que amor pátrio jamás cupo en tu pecho:
Y no solo recelan que detengas
El generoso impulso de los griegos,
Sino que, acaso, por perder su causa,
A un traidor la encomiendes.

HIPIAS. ¿Y era eso
Lo que á tí te ocupaba? ¿De tal modo
Pierden mis hijos el filial respeto,
Que al autor de sus dias le suponen
Tan villana conducta? ¿Mi talento
Tan menguado será? Oye, Tesalo,
Y mi respuesta sírvate de ejemplo.
—Pobre era aún, cuando nací, mi padre:
No mi cuna, de púrpura cubrieron:
Y no obstante, la tuya, de oro y nácar,
Se meció sobre mármoles soberbios.
La ciudad no tenia aún quien uniese
En una sola voz sus pensamientos,
Ni quien diese el impulso decisivo
Al inconstante individual esfuerzo.

Pisistrato ese fué. Todos oian
Con placer sus dictámenes discretos:
Y en unánime aplauso, una mañana
La direccion de la ciudad le dieron.
A un alcázar subió: vióse servido
De esclavos: tuvo guardias: en el templo
Dirigió la plegaria: y él bendijo
Las sagradas cenizas de los muertos.
La muchedumbre ciega, pero noble,
Sabedora de todos sus derechos,
Que no puede ejercer por ignorancia
Y el cuotidiano trabajar, temiendo
Hacer juez á la parte acusadora,
Los delegó en mi padre. Los desvelos
De Pisistrato se aumentaron. Tuvo
Que responder á sus volubles dueños:
Y las horas pasaba calculando,
Solamente en dejarlos satisfechos;
Con el poder, que de ellos recibia,
Enfrenando los próceres soberbios.
Tan continuo luchar dió resultado.
Los magnates sus planes descubrieron.
Fueron vencidos y humillados unos:
Otros aquí ocultaron su despecho:
Y los gefes, á tierras apartadas,
De la venganza popular huyeron.

TESALO. Mas hoy que nadie en la ciudad pudiera
Contrastar tal poder, ¿por qué ejercerlo?

HÍPIAS. Todavía enemigo mas temible
En el pueblo quedó De sus escesos
Receló Pisistrato. Cambió astuto
La opresion sistemática en respeto,
Aparente no mas: pues, desde entonces,
Quedó el poder de los patricios muerto.
Sin embargo, las leyes continuaron
Dándoles facultades. Supo el pueblo
Que del soplo de un hombre dependia:
En inquietud tornó su atrevimiento:
Y, si bien del poder de un hombre justo,
Reconoció que continuaba siervo.
La inquebrantable potestad suprema
De mi padre heredé. No percibieron

Los atenienses diferencia alguna.
Me he educado estudiando su gobierno:
Y si nunca á ceder, á acariciarlos
Siempre, Tesalo, me hallarán dispuesto.
Yo tambien con la Grécia voy unido:
Y en combatir contra los persas pienso;
Pero no elegiré, para que triunfe,
Sino al que aumente mi esplendor con ello.
Tu inquietud se disipe. Antes que arranque
Otra eleccion, de mi albedrío, el pueblo,
Le daré un general: y yo confio
Aún que resuene con aplauso el eco.

TESALO. Si lo quieres lograr... Mas aquí llega.

HÍPIAS. ¿El patricio Milcíades?... Al templo
Tengo ya que acudir. Pobre hijo mio,
Con el grande Milcíades te dejo.

ESCENA III.

TESALO.—MILCÍADES.—HIPIAS, *alejándose*.

MILCÍADES. Hípias, salud.

HÍPIAS. Los dioses te la otorguen.
Con su amparo quedad (*Váse.*)

MILCÍADES. En cuanto llego
A tu lado, Tesalo, siempre miro
A tu padre alejarse.

TESALO. Ya hace tiempo
Que de Minerva en la mansion augusta
Esperándole están. Ningun recelo
De él abrigues. Milcíades el grande
Te apellidaba há poco.

MILCÍADES. Os agradezco
Esa grata mencion inmerecida;
Mas no con altos pensamientos vengo.
Yo tambien soy mortal. No por la patria
Ardiendo estoy en sacrosanto fuego.
Si ora ves que, del templo á los umbrales,
Con tardo paso meditando vengo,

Si, vagando en redor, mírole ansioso,
A más tímido ardor ríndese el pecho.
Oh Tesalo feliz: á él todavía
Tu corazon sin duda no se ha abierto;
Y no sabes las penas y esperanzas
A que se encuentra, por su accion, sujeto.
Ya la acabo de ver. A este otro sitio,
Para volver á contemplarla, vengo;
Y al dintel de su puerta iré en seguida,
Para gozar, mirándola, de nuevo.
Tú, que, cual sombra, con jovial encanto,
Donde quiera que voy, vásme siguiendo;
Que has de ser el testigo de mi dicha,
Cuando encienda su antorcha el himeneo,
Puedes verla pasar, y en tus sentidos
Recibir el gozoso arrobamiento
De sentir que tu vida entera pasa
A quien miras inmóvil en silencio.

TESALO. ¡Cuánto debes sufrir! Pido á los dioses
Que tus penas alivien; á los génios
Que apresuren tu dicha; y á las parcas,
Si no, que blandas te liberten de ello.

MILCÍADES. Nunca tuerce sus hilos el destino.
Sordas son las deidades. ¡Vano ruego!
Jove mismo se rinde: Amor le pone
Yugo fatal sobre el robusto cuello;
Y los rayos dejando vergonzoso,
Vaga en la tierra, abandonando el cielo.
Mas, aunque ellas pudiesen, aunqne Pálas
Nuestra santa patrona (cuyo seno
No palpita jamás y, vírgen, tiene
Solo amor maternal para los griegos)
Me pudiese librar del dardo agudo
Y del constante, inevitable peso,
Nunca te escuche: que el feliz instante
Compensa un siglo de vivir sufriendo.

ESCENA IV.

TESALO.—MILCÍADES.— EURICLÉA y EUFROSINA *llegando*.

MILCÍADES. ¿No la ves? Mírala. ¡Cuán pudorosa

Viene, fijando en el ingrato suelo
Sus dulcísimos ojos! Las arenas,
Donde pone sus piés, celoso veo.

TESALO. ¿Es la hermana de Harmódio?

MILCÍADES. Es Eufrosina.

TESALO. Una misma nodriza nos dió el pecho.
Euricléa!...

EURICLÉA. Gentil Tesalo mio,
Hijo leal de quien veló tu sueño.

TESALO. Dame los brazos, Euricléa. Sabes
La sincera amistad que te profeso.

EURICLÉA. ¡Cuál te has vuelto gentil! ¡Quién lo dijera,
Al llevarte en mis brazos!

MILCÍADES. ¿De mi afecto
Eufrosina dudar; creer que puede
Mi corazon finjir un sentimiento?
Ya soy fuerte varon: mas, desde niño,
Siempre dije verdad. Pregunta al pueblo
Si, cuando habla Milcíades, se duda,
Ni se escucha otra voz con mas respeto.
¿Con que mia serás?

EUFROSINA. Tengo un hermano.
Yo tus prendas, Milcíades, venero
Nunca escucho de tí, sino alabanzas.
Tus elogios invaden mi aposento.
Con aplauso de Harmódio, Atenas toda
Quiérete dicen, y tambien te quiero.

MILCÍADES. Vuélvelo á repetir.

EURICLÉA. Eres, Tesalo,
Como yo te dejé. Tus pensamientos
Nunca injustos serán. De otra manera,
Ya no fueras aquel, que, en gratos juegos
Y con hondo cariño delirante,
Manantial de virtud tuvo en mi seno.
No mirábanse entonces las familias
De Eufrosina y la tuya con recelo:
Hípias jugaba con Harmódio á veces,
Y trataba á su padre como deudo.
Todo cambió, para desdicha mia.
Pisistrato, ya anciano, tuvo miedo:
Y tu padre, volviéndose tirano,
Le hizo á Grecia poblar con los destierros.

Prenda yo de amistad, que regalada
Fuí como sierva, para dar mi pecho
A Eufrosina al nacer, tuve que odiaros,
Aunque estabas, Tesalo, de por medio:
Pero en Atenas se educó mi infancia,
Mas que, esclava, del Ponto me trageron.

TESALO. No olvidaré jamás cuanto han debido
A Euricléa mis labios.

EUFROSINA. (*A Milciades.*) Hazlo.

MILCÍADES ¿Puedo
Con Harmódio ya hablar?

EUFROSINA. Con dulce gozo
Te veré yo elegir. Si le obedezco
Siempre yo con placer, ¡cuándo más grande
Que, sus órdenes siendo mi deseo!

EURICLÉA. No me olvides, Tesalo. Ya, Eufrosina,
Necesario es seguir: volando, el tiempo
Pasa; y no debe la doncella casta,
Con arrogantes jóvenes, perderlo.
Deteneos aquí. (*A Tesalo y Milciades.*) Por otro lado
Puedes salir, si quieres, al encuentro. (A *Milciades*)
Mas, seguirnos, jamás.

MILCÍADES. Cuanto me ordene
Euricléa se hará.

EURICLÉA, Yo te lo ruego. (*Vanse ámbas.*)

ESCENA V.

TESALO.—MILCÍADES.—HIPARCO.

TESALO. Oh mi hermano, salud.

MILCÍADES. Salud, Hiparco.
De tu lado dispensa, si me alejo.
Compromiso mayor es quien me obliga.

HIPARCO. Próspero sea, si acertado pienso.
Guíete Pálas.

MILCÍADES. La deidad escuche
De su ilustre pontífice los ruegos. (*Váse.*)

ESCENA VI.

TESALO.—HIPARCO.

HIPARCO. Terminó ya por fin la ceremonia.
Tan pesado jamás se me hizo el tiempo.

TESALO. Mas alegre retornas. Me sorprenden
De tus ojos los húmedos destellos.
¿De que nace ese júbilo, que inunda
Todo tu ser y te estremece inquieto;
Por la primera vez, de tu semblante
La triste palidez despareciendo?

HIPARCO. ¿No estuviste en el templo? Hoy he elegido
Los seglares intérpretes del rezo.

TESALO. Hace un año lo hiciste: y no tenias
Tan gozosa apariencia.

HIPARCO. Los preceptos
Morales, de Calístenes al lábio
Confiados serán. El puro acento
Del niño Cálias la comun plegaria
Elevará gratísima á los cielos.
Y Eufrosina hasta el ara de la diosa
Llevará la oblacion que la ofrecemos.

TESALO. En mis brazos te arroja, hermano mio.
¡Qué acertada eleccion! Clame ahora el pueblo
Contra nosotros, tu rigor censure
Y la altivez de tu fruncido ceño.
¿Qué mas puede querer? Los enemigos
De tu propia mansion fueron electos.
Mira: allí cruza el arrogante hermano
De tu intérprete hermosa: el compañero,
Que sus hombros enlaza, hoy ve á su padre
Representar de Júpiter supremo
La inteligencia, convertida en diosa
Por la industria robada á su cerebro.
¡Cuán gozosos irán! Deja los llame:
O, á buscarlos prestísimos volemos,
Para aspirar su gratitud, su dicha,
Mientras despues, con rapidez corriendo,

Tú y yo á la casa de Solon augusta,
Con emocion hondísima anunciemos
El honor que al pontífice de Pálas
Debe hoy su tiernísimo heredero,
El pariente de Harmódio y Eufrosina,
Del rey de los filósofos el nieto.

HIPARCO. No me puedo alejar. Apenas hice
Esta eleccion y la anuncié en el templo,
Nuestro padre me dijo le esperase
En este sitio: y aguardarle debo.
Vé de Solon á la morada al punto.
Transmite á Harmódio mis humildes ruegos
De que llegue hasta aquí. Despues, difunde
Mi conversion entre el confuso pueblo.
Pero él viene hasta mí. ¡Oh hermano mio! *(A Harmódio.)*

TESALO. *(A Har. y Arist.)* ¡Sea en hora feliz! Plácido beso
Para imprimir del inocente Cálias
En las mejillas cándidas, os dejo. *(Vásc.)*

ESCENA VII.

HIPARCO.—HARMÓDIO.—ARISTÓGITON.

HIPARCO. ¿Ya lo sabes, Harmódio?

HARMÓDIO. Ya te he oido
Publicar el honor que te debemos.
Por la eleccion, que has hecho, de Eufrosina,
Me avergüenzo á la par y me envanezco:
Y es en vano expresarte, ya presumes,
La inmensa gratitud con que la acepto.

ARISTÓGITON. Sea en bien general. De nuestra pátria
La situacion, Harmódio, recordemos.

HIPARCO. Primer paso ha de ser; yo te lo fio.

ARISTÓGITON. No elegistes hoy mal.

HIPARCO. ¿Y solo eso
Me agradece Aristógiton?

ARISTÓGITON. No oculto
Que, hasta en los bienes, de vosotros temo.
Pisistrátidas sois: vive tu padre:
De vuestra sangre y su maldad recelo.

HIPARCO. Yo le hablaré.

ARISTÓGITON. Desdeñará escucharte.

HIPARCO. No lo hará con Hiparco.

HARMÓDIO. Luego al templo
Eufrosina vendrá.

HIPARCO. Las ceremonias
Anteriores al público festejo
Lo requieren así.

ARISTÓGITON. Quedará sola.

HIPARCO. Seglar ninguno quitará su velo:
Y en poder de la gran sacerdotisa,
Estará su candor libre de riesgo.

HARMÓDIO. A los dioses la fio.

ARISTÓGITON. Entre sus guardías,
Hipias avanza, en ademan severo.

HARMÓDIO. Queda con él. *(A Hiparco.)*

HIPARCO. Te cumpliré mi oferta.
Cúmplame Harmódio su palabra luego.

HARMÓDIO. A ella nunca falté. Mas será en vano.
No por tí, por el hado, quedaremos
En igual situacion.

HIPARCO. Pálas, que os guie,
Me animará en la empresa que acometo.

HARMÓDIO. El aplauso de Atenas te conforte.

HIPARCO. Por el amor de Harmódio la comienzo.

(Vánse Harmódio y Aristógiton: y entran Hipias y soldados.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

HÍPIAS.—HIPARCO.

HÍPIAS. Terminados teniendo los aprestos
De la antigua, hoy funesta ceremonia,
Puedo hablar ya contigo mas despacio
Del estravío de tu mente loca.
¿Qué imaginas, Hiparco? ¿A tus contrarios,
Con torpe insensatez, los ojos tornas?
¿Crees que pueden perdonar clementes
Ese mismo esplendor con que les honras?
No lo pienses jamás. En nuestra altura,
O el ser tiranos, ó morir, nos toca.
Cálias es nieto de Solon. Amigo
Fué, de Solon, Calístenes. Memoria
De su ciencia y bondad serán al pueblo,
Que con placer hondísimo les nombra.
Y tambien la presencia de Eufrosina
Llaga abrirá de que la sangre aun brota.
Del colegio de augures el primero,
Quien mayor resistencia á la insidiosa
Perseverancia de mi padre opuso,
Y á quien debió nuestro poder demora,
Fué Hegesipo. Su muerte en el destierro
Aun Eufrosina inconsolable llora.
Y una vez que, iniciando silencioso
La senda de la paz fascinadora,
La plegaria santísima á Minerva

Fié de Harmódio á la inocente boca,
Mas por extraña sujestion movido
Que de las miras que al varon trastornan,
«Haz á Atenas feliz, próspera y libre,»
Despues de la oracion, dijo á la diosa.
El estupor de muchos, el aplauso
Que de algunos surgió, la bulliciosa
Acogida del pueblo, en cuanto supo
La plegaria del niño, á tu memoria
Deben venir, para calmar el fuego
De entusiasmo y de amor que te sofoca.

HIPARCO. Padre, piedad!... (*Arrodillándose.*)

HÍPIAS. (*Alzándole.*) Con mi perdon, levanta.

HIPARCO. Para Atenas piedad!...

HÍPIAS. ¿Y eso me imploras?
Deja á Tesalo que inocente sueñe.
Tú, que cuentas mas años, tú, que gozas
Con tu fausto y poder, á quien el pueblo
Retrato fiel de Pisistrato nombra,
Tú no puedes mirar indiferente
La terrible catástrofe que evocas.
Considera, no solo la grandeza
De que, en ciega demencia, te despojas;
No repares el triste vilipendio,
Que tu pago ha de ser: los ojos torna
Á tu propia pasion, si es que Eufrosina
A mi Hiparco austerísimo enamora.
Cuanto puedas querer, á cuanto aspires,
Puedes ahora llegar. Mas reflexiona
Que tu mano será tanto más digna
Cuanto más respetada y poderosa.
Cuanto más te envilezcas, cuanto ciego
Levantes más á la mujer que adoras,
Tanto ménos será considerado
El amor desigual con que la honras.
Hoy lo puedes lograr. Tal vez mañana
Que implorarlo tendrás: y desdeñosa
Negará de tu afecto á la pureza
Lo que otorgára á tu mandato ahora.
Mas... ¿qué puedes saber?.. Nunca te he visto
Fascinado hasta hoy.

HIPARCO. Padre!...

HÍPIAS. Recobra
El carácter antiguo, la firmeza
Que ni los ruegos, ni amenazas, doblan.
Ahora Harmódio vendrá: yo le he llamado.
Como siempre, sirviéndole de sombra,
Calculé que Aristógiton vendria.
Su presencia, á uno y á otro, nos estorba:
Y, porque al hijo de Hegesipo logres
Un momento siquiera hablar á solas,
Con pretexto del público banquete
A que jamás concurre y de la mofa
Que hace tambien de las antiguas leyes,
Cuando por su dulzura no se amoldan
Con su carácter tétrico, á mi mesa
Hoy se habrá de sentar: las bulliciosas
Turbas verán que, entre las gentes mias,
El severo Aristógiton me escolta.
Cumplirá él su deber: mas, por lo extraño,
Ya verás como Atenas se alboroza.
Un villano habrá más; otro perjuro:
Y ella, en hallar sus semejantes, goza.
Quien, por deber, á los tiranos sigue,
En lugar de infamarse, aprecio cobra:
Mas quien al cebo de interés se rinde
Y el antiguo desden trueca en lisonja,
Quien á flaqueza ó seduccion sucumbe,
Dó respeto los mas, tendrá deshonra.
Tal haré de Aristógiton. Tal debe
Con Harmódio pasar. Tu generosa
Eleccion, cual pontífice, ha perdido
Hoy á los dos, si tú ánimo recobras.
«Es el padre de aquel, de este la hermana
Los que de honores su capricho colma:
Sus secuaces serán: se habrán vendido:»
La poblacion prorrumpirá gozosa,
Que, amoldándolo todo á sus miserias,
Lo que ayer adoró, mañana enloda.
No me pidas por ella. Solamente
Su ignorancia á mi lástima la abona.
No la debes odiar; mas despreciarla,
Como cuantos á fondo la conozcan.

HIPARCO. Padre, tenla piedad: yo te lo ruego.

Con oprimido corazon, ahora.
Quizás tienes razon; pero hoy el hado
Mis sueños y tus cálculos trastorna.
No es, de quien debes lastimarte, de ella:
Pero duélate el hijo que se ahoga.
¿Qué te importa que sea menos grande
La potestad que cuasi le abandonas?

HÍPIAS. ¡Cuál te engañas, Hiparco! No es posible.
La primera cesion lleva hasta otra.
Ni tu hermano, ni tú, minar debiérais
La posicion que vuestro padre goza.
Hoy, sobre todo, que en el trance duro,
De otorgar á un rival súbita gloria
O de tornarme déspota implacable,
La suerte ineludible me coloca,
Es menester que de mis hijos tenga
El omnímodo apoyo. Tumultuosa
La multitud exigirá esta tarde
Que, en ageno provecho, un pacto rompa;
Pacto en el cual, de hoy mas, perpétuamente,
No mi poder, vuestro poder reposa.

HIPARCO. Cédolo, padre: y si preciso fuere,
Dejaré el sacerdocio de la diosa.
Si señalan la propia desventura,
¿Ignorar los oráculos qué importa?

HÍPIAS. Yo la vida te di. Cuanto hoy expones
¿Tuyo acaso será? ¡Cual te equivocas!...
No por ser hoy de tí, por hijo mio,
De mi opulencia y de mi fausto gozas.

HIPARCO. Oh! si Hiparco alcanzase, mas dichoso,
Lo que modestos ciudadanos logran!

HÍPIAS. Por servir á ese pueblo que hoy defiendes,
En pensar y fingir gasté las horas,
Comprometí mi bienestar por ello,
Enemigos cobré, viví en zozobra,
Vi cubrirse de canas mi cabeza,
Anticiparse la vejez cuidosa;
Y, sin mas porvenir que el del tirano,
Ni otros hábitos ya que el de la pompa
Y la eterna abstraccion del que domina,
Cambiar no puedo en lo que tú me imploras.

HIPARCO. Mira, padre, que acaso al hijo tuyo

Por tu invencible obstinacion expongas.
HÍPIAS. Ley del hado será. De mi existencia
No eres tú, no soy árbitro: reposa
Sobre un pasado que la mente mia,
Como razon de su poder, evoca.
Cuanto ayer yo sufrí, cuanto hoy trabajo,
Digno fruto ha de dar: y en mi persona
No ha de ser solamente. Cual la vida
Heredaste de mí, cual de mis obras
Has gozado hasta aquí plácidamente,
Mi hado, adverso ó feliz, seguir te toca.
HIPARCO. Por desgracia, lo sé. Mi entendimiento
Tan turbado no está que no conozca
Que la fuerza del hado no se vence,
Que mi vida es de tí, tuya mi honra.
Dispon de ella, por tanto, cual te sirva.
Mas, si mísero soy, si me abandonan
Hoy los dioses por tí, si acaso falto,
Lo que yo te imploré ten en memoria.
HÍPIAS. Pálas, la diosa á quien severo sirves
Y á quien Atenas con fervor se postra,
Me ha mandado reinar. Cuando la plebe,
Por la voz de Hegesipo sabedora
Del alta ciudadela que fundaba
Y mi postrer seguridad abona,
Conociendo que, en vez de defenderla,
Convertirse pudiera en opresora,
Maldiciendo mi nombre y execrando
Mi potestad, se levantó en mi contra,
De la acrópolis misma bajó á Atenas,
Con sorprendente majestad, la diosa.
Dos heraldos, mancebos, de la estirpe
De Melanto y de Codro fundadora
De la dueña del mar, perla de Grecia,
Proclamaban a Pálas generosa;
Y la deidad, con imponente arranque,
Dijo á la plebe, por su misma boca:
«Yo adopté á Pisistrato. Cuanto hicieren
Sus hijos, por Minerva se sanciona.
Respetadlos sumisos. Es mi templo
La ciudadela que en Muníquia forman.
Ya ves si puedo continuar tirano.

No temas que la plebe desconozca
De mi poder el sacrosanto orígen.
Fuera impostor, si lo dejára ahora.
Ya es preciso seguir. Hoy de las fuerzas
Contra la Pérsia general se nombra:
Y hoy, en vez de perder, ganará brío
La potestad de que mi nombre goza.

HIPARCO. Haz de mí, pues lo quieres, instrumento
De tu plan ambicioso. La victoria
De él ha de ser: porque, enojada, Vénus
Con todo Pisistrátida se encona.
Fué ridículo en mí querer vencerla:
Y hoy te protege porque á Hiparco doma.
¡Oh! ¡cuán triste es mandar, todo tenerlo,
Y el deseo mayor se nos estorba!

HÍPIAS. No te cuides de Vénus; que Minerva
Contra ella ampara mis empresas todas.
Y, si de amor, pero cobarde, mueres,
Esta impasible la verá gozosa.
De sucumbir de timidez, más vale
De atrevido morir con la corona.
Vénus armada á caminar te enseñe:
El que nace varon asi la adora.
Vamos, pues, á luchar. Sacude, Hiparco,
La amorosa flaqueza que te ahoga:
Y á Eufrosina tendrás. Harmódio llega:
Y Aristógiton ya la senda toma
De mi alcázar. A Harmódio, mientras tanto,
Tú, de favor, ó vilipendio, colma.
Un momento no mas yo necesito
Para dejar á la virtud sin honra.

ESCENA II.

HIPARCO.—HARMÓDIO.

HARMÓDIO. Ya me tienes aquí. Sin duda alguna
Triste el dia será Mirada torva,
Aunque en blanda sonrisa disfrazada,

Me dirige tu padre; y te abandona.
¿Cuándo será que para Atenas luzca
De libertad la suspirada aurora?

HIPARCO. ¡Si pudiéralo yo! tú me dijiste:
«A tu padre suplica. Si te postras
Ante él, tu ruego atenderá: se escucha
A cuantos, presa del amor, imploran.»
Sabes tú si lo soy: fué todo en vano.
No he logrado siquiera que me oiga.

HARMÓDIO. Siempre yo lo temí. Tu indigno padre
A la ciudad de sus abuelos odia,
Porque cualquiera recordarle puede
La procedencia vil que le sonroja.
Una accion esplendente le podria
Dar el prestigio que á los otros sobra.
Mas así no será. Sin él, tiranos,
Odio eterno tendreis y lucha sorda.
Compadézcote, Hiparco. Tú que alcanzas,
Por las prendas preclaras que atesoras,
La universal estimacion de Atenas,
Y á los artistas y á los sábios honras;
Tú que lograr pudieras fácilmente,
Con nobles prendas, rutilante gloria,
A quien la falta de prosápia ilustre
No el lastimoso menosprecio irroga.
Tú, sin embargo, sufrirás la pena
Del rigor de tu padre. ¿Qué le importa
Al que libre nació, si le esclavizas,
Ese oropel con que sus grillos doras?
¿De qué vale que juntes diligente
Los fragmentos de Homero y que, en la pompa
De la fiesta de hoy, veinte rapsodas
Los inculquen del pueblo en la memoria?
El que á buscar á Anacreonte envies,
Con tu nave mayor, ¿qué nos mejora?
¿A qué viene Simónides de Ceos,
Si sus cantos patrióticos ahogas?
¿Con qué fin á la lucha, á la carrera,
Al salto, á las marciales maniobras,
Al manejo de indómitos caballos,
Tiendes siempre tu mano protectora,
Si, en lugar de servir para la pátria,

Son para tí los que soldados formas?
Si en mi pecho reprimes los impulsos
De justicia y virtud en que rebosa;
Si, para solo prorrumpir en quejas,
Me obliga Hiparco á que el silencio rompa,
¿Qué importará que, en mi morada cubra,
Los modestos dinteles, de coronas?
¿Qué ganarás con el ferviente anhelo
Con que á Harmódio codicias y te postras
Ante su umbral, tendiéndole los brazos,
Si, apartándose de ellos, te sonroja?

HIPARCO. Calla, ten compasion. Harmódio, ¿miras
Que el dolorido corazon destrozas?
Considera mi estado: vé mi cuna,
Y recuerda el carácter que me adorna.
Ten en cuenta, además, lo que padezco.

HARMÓDIO. Lo debieras callar.

HIPARCO. ¿Cabe deshonra
En decir la verdad? ¿En que te infama?
¿Es un crímen amar? ¿Qué me reprochas;
Si, mañana tal vez, éntre en tu pecho
Y tu austero candor, cual vidrio, rompa.
Y quizás por amor, (Pálas lo evite)
Que no iguale al amor que me devora?
Si merezco más yo, ¿por qué rechazas
La inclinacion que ante tu voz me postra?
¿No es injusto quejarte, pues me rindo,
Por que un vano imposible no se logra?
Si ante tí el dictador no se ha humillado,
¿Ver su hijo así tu vanidad no colma?

HARMÓDIO. Cese el esfuerzo con que, en vano, tratas
De persuadir á quien jamás se dobla.
Si tirano has de ser, sé gran tirano.
Que tu padre te enseñe lo que ignoras.
No procures ganarte voluntades:
El delito de ayer no se perdona;
Y, ante cada flaqueza, irá creciendo
La santa indignacion que nos ahoga.

HIPARCO. ¿Y tambien contra mí?

HARMÓDIO. ¿No eres, Hiparco,
de la raza fatal que Atenas odia?
Mira: vosotros procedeis de abajo:

No os trasmitieron semidioses gloria.
No intentes, pues, que los poemas hagan
Vibrar del corazon las fibras hondas,
Pues los héroes, que dieron nacimiento
A la reina del mar, se conmemoran.
Cierra el gimnasio: las escuelas cierra;
Y no hostigues al hombre que reposa.
En vigor y en espíritu si crece,
Cual deseas, la infancia imprevisora,
Ella mañana arruinará esforzada
Ese poder con que la educas hora.
Hasta las flores que, con mano amiga,
Haces que presten á mi casa aroma,
No te extrañe si á Harmódio le parecen
Las flores que á las víctimas adornan.
Los recuerdos, las miras, los desvelos
De mi padre y abuelos, de mi propia
Condicion para el bien, ¿no es cierto, Hiparco,
Que por tí se castigan ó sofocan?
Vuelve en ti, que áun es tiempo: y á tu padre
Presta auxilio eficaz ó le abandona.
Tórnate como él; ó, cual Tesalo,
Busca el perdon de Atenas generosa.
Sufre pobre, humillado, si es preciso;
Y cuando el pueblo sus cadenas rompa,
Si áun entonces á Harmódio se la pides
Tendrás tal vez á la mujer que adoras:
Y eso que ignoro si amará Eufrosina
A quien la vida por su causa exponga,
Mas que á quien, débil, en su pro no tiene
Sino la oferta que arrancó dudosa.
De otra manera, aunque quisiera Harmódio,
No has de ver que hácia tí los ojos torna.

HIPARCO. Ten, Harmódio, piedad. Solo un momento,
Vuélvelos hoy á quien humilde implora.
Tú no sabes lo que es tener, pendiente
De agena y justa voluntad, la propia.
De tu padre gozaste las caricias,
Hoy te protege su querida sombra:
Pero el hado no ató dos existencias,
Como la mia á los destinos de otra.
Tú no sabes lo que es sentir vencido

Cómo rencores con impulsos chocan,
Y encontrarse obligado á estar pendiente
De quien la vida y la fortuna tomas:
Y ojalá que las suyas, con tus actos,
A prematura conclusion no expongas!...
¿No es verdad que tú mismo, aun cuando ignores
Cómo Hegesipo te estimára ahora,
Cumples fiel cuanto cándido recelas
Que pudiera agradarle en tu persona?
¿Por qué yo de mi padre he de apartarme?
¿A los tigres sus hijos abandonan?
¿No te clama una voz, en cuanto temes
De Hegesipo faltar á la memoria?
Deamorosos amigos rodeado,
Que á tu placer olvidas ó recobras,
Que complacen tus gustos, sin que nunca
Su porvenir y voluntad te impongan,
No comprendes que rinda yo mi cuello
Al que por ley de Júpiter me toca:
Mucho más cuando el alma condolida
Júzgalo más calamidad que gloria.

HARMÓDIO. Líbrate, pues, de lo que juzgas carga.
¡Qué preclaro varon el que se dobla!

HIPARCO. No me demandes lo que hacer no puedo:
Y ten del hondo mal misericordia.
Tal vez mañana tu Eufrosina logre
Aparecer, con mano generosa,
Devolviendo á su Atenas cuanto fuera
Al hijo de Hípias imposible ahora.
Es por el bien de la ciudad y el mio
Por lo que ruego al par. Cede; te implora
Quien la adora por tí, quien ya no vive,
Sin que en tus brazos, con amor, le acojas.
Yo necesito que tus labios tengan
Osculo fraternal para mi boca:
Que al par unidos nuestros nombres suenen,
Y que el alma, que al verte se alboroza,
De saber que agradeces su cariño,
Crezca y rebose, de esperanzas, loca.
Una noche que estaba yo en el templo
Y, á la luz de la lámpara, á la diosa
Prosternado, con lágrimas, pedia

Que á mi trémulo amor diese victoria,
Ví moverse la estátua: su semblante
Resplandeció con súbita aureola:
Y una diáfana nube descendiendo
A servir á su frente de corona,
Cual si Pálas en ella difundiese
Su pensamiento y magestad grandiosa,
Rompió, con el oráculo tremendo,
En fuerte voz, como los truenos bronca.
«De tí y de Harmódio provendrá la dicha
De Atenas libre: crecerá su gloria:
Y vuestros nombres, en comun recuerdo,
Evocará posteridad remota.»
Dijo: y cayendo, de placer y espanto,
Se hirió mi frente en las marmóreas losas.
Haz que sea verdad; y humildemente
Ante Pálas magnánima te postra.
Vano será que á contrastar aspires
Lo que el hado, tu árbitro, disponga.
A Eufrosina concédeme. Sé mío.
No me esquives, con alma desdeñosa.
Si yo fuese ahora rey, tu lo serías.
Si en tanto no obedézcote, perdona.
Quien mañana ha de ser buen ciudadano,
Por ser buen hijo que comience ahora.

HARMÓDIO. Pues, por serlo mejor, no presto oido
A tus suaves palabras insidiosas.
Todo inútil será.

HIPARCO. Ruégote....

HARMÓDIO. Cesa.

HIPARCO. ¡Guay si en ira y maldad mi amor se torna!

HARMÓDIO. No depende de mí. Muerto en destierro,
Nos separa mi padre, con su sombra.
La ventura de Atenas la aplacára.
Yo por eso te oí.

ESCENA III.

HIPÁRCO.—HARMÓDIO.—TESALO.

TESÁLO. La suerte próspera
Me hace hallaros al par, hermano, amigo,

Por quien de afecto el corazon rebosa.
Necesito abrazar gentes honradas.
La atmósfera política me ahoga.
Mientras vosotros departis serenos
Y con mútuo placer pasais las horas,
Mi padre y Aristógiton, ceñudos,
Con el sofisma la verdad sofocan;
Y cuanto justo de su mente nace
En sus ásperas réplicas se encona.

HIPARCO. *(Con sarcasmo.)* Otra cosa es aquí. ¿No es cierto, Harmódio?
Quede contigo la implacable diosa.
A su templo ahora voy. ¡Cual me he bajado!

HARMÓDIO. Harto más yo..

HIPARCO. Repára...

HARMÓDIO. Si te enoja
Que no mire al tirano y que recuerde
Mi ascendencia honradísima y gloriosa,
Por complacerte sellaré mi lábio.
Mas observe tu rápida memoria
Que desciendo de Egéo, y de mi raza
Teséo ha sido.

HIPARCO. ¿Y consideras honra
Deudo nacer del forzador impio
De la hija de Minos generosa?

HARMÓDIO. Dioses mezclaron su preclara sangre
Con la que intenta mancillar tu boca.
Por Mercurio engendrado fué Teséo:
Y aunque vosotros, en servil lisonja
A consejas ridículas del vulgo,
Teneis proscrita su feliz memoria,
El amigo leal que hasta el averno
Fué á cumplir su deber, el que la esposa
De Pluton libertó, dará, en un dia,
Más, que vosotros en millares, honra.

HIPARCO. *(Con sarcasmo.)* Tienes, niño, razon. Al cabo, encuentro
Lo que no sospeché. ¿Tanto te importan
(Con firmeza.) El gobierno de Atenas, la licencia
Que procuras so velo de reforma,
Que de Solon, hasta las blandas leyes
Agraviadoras del pudor, adoptas?
Aun no sabes amar: y ya lascivo. *(Con desprecio.)*

HARMÓDIO. ¡Cuál me ofendes!...

Cuanto más tolerante y generoso
Soy con ella, su raza, más altiva,
Despreciando el favor de mi clemencia,
Del bien debido á mi bondad se indigna.
Más hoy será cuando mi triunfo....

HIPARCO. Aguarda,
Padre: en el templo dejaré á Eufrosina.
(*A Eufrosina.*) Junto al ara me espera: que, al instante,
Llegaré al sacrificio de la victíma.

ESCENA III.

HIPARCO.—HÍPIAS.

HIPARCO. Padre, repara que las horas vuelan:
Y un momento más grave se aproxima.
Hoy verás si yo sigo tus consejos;
Si Hiparco es digno de su padre Hípias.

HÍPIAS. A vencer ó á morir. Quizás mis ojos,
Ante el triunfo, de júbilo, se extingan.
Pero tú serás rey: la hora suprema,
De ceñir la corona, se aproxima.
Yo el tirano habré sido: renunciando
El poder que usurpé, mi dinastía
Podrá, sin riesgo, aparecer clemente.
Su virtud quedará reconocida:
Y del trono, á que asciendas, el ornato
Serán las mismas prendas que te envidian.
Gefe tú del ejército, la suerte
En tu mano estará. ¿Qué garantía
Mayor de la victoria que, llevando
Á su cabeza á quien Minerva inspira?
General y Pontífice, tus dichos
Acatados serán. La tirania,
Que, apoyándome en tí, funde en tu ausencia
Y cubrirá á tu padre de ignominia,
Tácitamente desmentirla puedes
Y endulzarla, gozando sus delicias.
Contra Grécia sus tropas lanza Pérsia.
Yo el golpe, de ella, apartaré en seguida.

Su precioso baluarte apareciendo,
Puedo al Asia entregársela cautiva.
Más no temas, Hiparco. La tormenta
He alejado de aquí. Con mis intrigas,
He disuelto, de Epiro, de Tesália,
Del Trácio y Macedon la alianza antigua:
Y llamando á las armas extranjeras
A decidir sus luchas intestinas,
Con la ayuda del tiempo y mis consejos,
Verás que á Atenas de rivales libran,
Mientras su fuerza y su riqueza propias
El Gran Monarca, en obtenerlo, extinga.
Hoy regresan mis fieles mensageros,
Que oculta guardan misteriosa cifra:
Y los persas su ejército mañana
Llevarán donde Atenas necesita.
Tu campaña es bien fácil: á ella el vulgo
La actitud de los persas indecisa
Atribuirá: y el salvador de Grécia
Tendrá luego magnífica acogida.
Ahora, pues: qué el horóscopo responda,
A lo que á Hiparco le conviene, cuida.
Ya está echada la red: torpes los peces
A prenderse en sus mallas se aproximan.

ESCENA IV.

HIPARCO.—HÍPIAS.—MILCÍADES.

MILCÍADES.} Salve, Hiparco. Salud, padre clemente
De la ciudad que pertinaz vigilas.
Vengo, de gozo rebosando el pecho.
Perdonad si os molesta mi alegría.
De la alianza, que hoy nace, nueva prenda
Los agüeros unánimes indican.
Con sombrío ritual, á las deidades
Del orco, el vulgo, que aplacar ansía
Su insaciable avidez, de los Dioscuros
Sacrificó en el ara. Fué propicia

Para mí la respuesta. Claramente
Dió mi nombre la entraña de la víctima:
Y, como rio que de fuente nace
En los ásperos montes escondida
Y en creciente caudal vá recogiendo
Cristalinos arroyos que le envían
Las feraces praderas, de igual modo
Se leyeron, de Harmódio y de Eufrosina
Y de Hiparco, los nombres, entre sangre
Que hacia mi cifra sin cesar corria:
Y otra vez, y dos más, surgió brillante,
De lo negro del higado, mi cifra.
No cabe duda. De mi fausta boda
Vástagos nacerán, en que algun dia
Vengan los tuyos á ingertar tu estirpe,
Dando á la nuestra rozagante vida.
Gérmen de Dioses con el tiempo ensalcen
Como prenda de paz hoy á Eufrosina:
Y el dichoso Milcíades su raza
Anciano mire con la tuya unida.
De Pisistrato y de Hegesipo sean,
Por mi enlace, una misma las familias.
¿Qué ventura habrá igual?

HIPARCO. ¿Pero te enlazas
Con la hermana de Harmódio?

MILCÍADES. Concedida
Por su hermano hoy me fué.

HIPARCO. Y ella te ama?

MILCÍADES. Procuré, con su anuencia, tanta dicha.

HIPARCO. ¿Luego siente ya amor?

MILCÍADES. ¿Por qué te inquieta?

HIPARCO. Su pudor á Minerva lo escondía.
Con la Diosa quedad. Voy á implorarla:
Y á cumplir los destinos de Eufrosina. (*Váse.*)

ESCENA VI.

HÍPIAS.—MILCÍADES.—EUFROSINA. (*Dentro.*)

HÍPIAS. ¡Cuál me place, Milcíades, hallarte

Tan afecto hácia mí, cuando codician
Tus servicios mis planes, cuando puedes
Facilitar el éxito á mis miras!

MILCÍADES. Mándame, pues: si nunca vanidoso
Desdeñé yo tu raza, ennoblecida
Mirola ya por la virtud augusta
Que en tí y en ambos de tus hijos brilla.
«Sé leal á tu amigo» allí, de mano
De Hiparco, dice la inscripcion concisa;
Y no olvido jamás su otra sentencia:
«Por la senda marchad de la justicia.»
Tanto debe á vosotros mi adorada,
Que hacerse anhela de vosotros digna,
Con serviros, el alma. Sin recelo
Manda: y serán tus órdenes cumplidas.

HÍPIAS. Hoy al frente de Grecia, como gefe
De las tropas y naves que se alistan
En la ciudad y en los contornos, pienso
Poner á Hiparco: y, como aqui peligra
La defensa del puerto y á la costa
Ya la Pérsica armada se avecina,
Quedarás tú conmigo: de su guardia
Hípias el mando á tu nobleza fía.
Ni mi edad, ni los hados, me permiten
Salir de Atenas, cuya suerte libra,
Como sabes, en mí. Seré su dueño
Mientras que dentro de sus muros viva.
El oráculo délfico, hace un año,
Dióme la tierra, que ocupar podría,
Con absoluto dominar. Los persas
Nunca Atenas verá mientras yo exista.

MILCÍADES. Lo que mandas haré.

HÍPIAS. De esta manera
No tendrás que apartarte de Eufrosina.
Goza felíz de su primer asombro
Al conocer las lúbricas caricias:
Y, de Himenéo en el altar sagrado,
Apurando la copa, sacrifica.
El desden de mi padre hácia la diosa
Que en las regiones del amor domina,
Originó su prematura muerte;
Y áun nuestra raza su rigor expía.

MILCÍADES. Por mi dicha lo haré.
EUFROSINA. (*Dentro.*) Minerva!..
MILCÍADES. Oyes?
Es la voz melodiosa de Eufrosina.
Que, ante el altar de la deidad, se postra,
A su inmenso favor agradecida.
EUFROSINA. (*Dentro.*) Pálas, ampárame!...
MILCÍADES. (*Sonriendo.*) Ruégale á Vénus;
Que hoy es la diosa que tu suerte guía.
Ya se acabó la iniciacion sagrada.
Plácido el eco de su voz espira.
¡Oh! ¡quién la oirá cuando sus hijos vuelvan,
Llenos de polvo, de la lid reñida!..
¡Felíz yo, que en la esposa idolatrada
Tal descendencia lograré florida!
¡Dichoso el hijo de Cimon que, espuesto
A ser remate de su raza antigua,
Continuarla verá, con arrogante
Robusta prole, de su pátria digna!
¡Oh! si los dioses, en favor del hombre
Que de su Atenas predilecta cuida,
Que en su redor, por acrecer el culto,
Suntuosísimos templos multiplica,
Prolongáran tus años ó clementes
Te concedieran recobrar la vida,
¡Cuán ínmenso placer verte cercado
De nietos cien, de nuestra sangre misma!..
Si las parcas benévolas otorgan,
Cual sumiso Milcíades suplica,
Que tus hijos y yo de luengas canas
Nos sintamos cubrir, ¡con qué alegría,
Devolviéndole á Hiparco sus favores,
Para sus hijos le daré mis hijas!
Cumpliráse el oráculo: á mi amparo,
Se estenderá la sangre de Eufrosina
Y de Harmódio gentil, con la del noble
Sacerdote Supremo confundida.
Mira: allí viene tu postrer retoño,
A quien todo mi alma lo confia,
Tu gallardo Tesalo. Con él llega
Aristógiton.
HÍPIAS. La hora se aproxima

De la sagrada procesion. Escusa
Si te dejo, Milciades. La vista
Del severo mortal que ahora has nombrado
Tal vez se anuble al encontrarse á Hipias.

MILCÍADES. ¿Y lo puedes creer, cuando dichoso
Tambien de tus favores participa?
No hay rencor que no ceda, todo agrávio,
Ante la ley de gratitud, se olvida.
¿Roble ha de ser? Hasta los mismos robles,
(*Sonriéndo.*) Al halago del céfiro, suspiran.
Más si fuese de piedra, en mi defensa
Y en mis esfuerzos por rendirle, fía.

ESCENA VI.

HÍPIAS.—MILCIADES.—TESALO.—ARISTÓGITON.

TESALO. Padre, tu mano el respetuoso beso
A mis lábios benévolos permita.
Hoy es dia de gozo. Dos soldados,
Que, por causa de amor, antes del día,
Fugitivos salieron de los muros,
Deben mañana terminar su vida.

HÍPIAS. Cuando el pueblo en el átrio se congregue,
Ante tu voz se templarán mis iras.

TESALO. ¡Oh! ¡con cuanto placer, la fausta nueva
Corro velóz á anticipar propicia!..
Hoy más aplausos lograrás de Atenas,
Que en cuantos años la gobiernes, Hípias!.. (*Váse.*)

HÍPIAS. Con Minerva quedad. (*Váse hácia el Templo.*)

ESCENA VII.

MILCÍADES.—ARISTÓGITON.

MILCÍADES. Es necesario
Que tu extremada austeridad se rinda.

¿Es que te ofende el deslumbrante lujo
Que nuestra antigua sobriedad entibia?
¿Es que te enoja el seductor halago
Que nnestra récia condicion mitíga?
Cuando Atenas, pensando en su comercio
Y sin otro afanar, yace tranquila,
¿Has de mirar con prevencion qué raza
La hace, en celosa vigilancia, rica?
¿Hoy su estado no es próspero? ¿Los dioses
Quejas te dán? ¿De la ciudad emigran?
Qué más puedes querer? ¿De qué manera
Los actuales pilotos suplirías?

ARISTÓGITON. No se vive, Milcíades, tan solo
De riqueza y poder. Rápida gira
La fortuna velóz: en un instante
Los imperios más prósperos se arruinan.
El honor es la ley de las naciones:
Su futura existencia garantiza:
Y en el respeto universal encuentran
Pacto de aliánza para aciagos días.
Hoy lo son para Grecia: más tu pátria,
Ya degradada y al dogal sumisa,
Cuando los persas á humillarla acuden,
Con sus tropas, traidora, les auxilia!
¡Plegue á los dioses que mi pátria sea,
En tan indigno batallar, vencida!..

MILCÍADES. Son, por fortuna, tus recelos vanos.
Para encontrarse en la sangrienta lídia,
Los soldados de Atenas incansables
Saldrán mañana, en cuanto rompa el día.
Marchar al frente los verán los griegos:
Y á Esparta y Tébas dejará vencidas
Con su preclaro proceder. Hiparco
Mandará nuestro ejército. Hípias liga
Su destino á los nuestros.

ARISTÓGITON. ¿De su raza
Variacion tan insolita confías?
Sábelo. Trata con los persas: quiere
Sobre Atenas reinar. Si verifica
Su malvado proyecto, á Grecia, luego,
Revolviendo el ejército, esclaviza.
¡Cual dará gloria á la ciudad de Pálas

Verse po toda su nacion maldita!

MILCÍADES. ¿Más quien te dijo?

ARISTÓGITON. Del traidor Nestéo
No llegó á tus oidos la venida?
No le has visto, cual lobo, deslizarse
A la apartada residencia de Hípias?

MILCÍADES. No.

ARISTÓGITON. Yo le ví: é, interrogando cauto,
Lo adiviné, de su respuesta ambigua.
Es de aleve traicion la frágil trama
Por miserables sin constancia urdida:
Y hasta descubre la falaz tarea
Quien asíduo, en pró suyo, la fabrica.
Con pretexto bien frívolo en quien tiene
En desuso las leyes, trató Hípias
De vencer mi teson. Vistió primero
El olvidado manto de justicia;
Gratitud recordando, el del halago
Sus asechanzas disfrazó en seguida;
Y por fin, dando tregua á la lisonja,
Su amenaza mostró con osadía.
Todo fué igual. Con ánimo inflexible,
Ya resuelto Aristógiton le oia:
Y mostrándole todo su desprecio,
Dejó su estancia con respuesta esquiva.
Mas ¿no atiendes mi voz? ¿Qué te sucede?
¿Qué es lo que absorto te mantiene?

MILCÍADES. Mira.
¿No ves? Ya llega, demudado el rostro,
Vacilando, sin fuerzas, la nodriza
De mi hermosa Eufrosina: á ver el triunfo
De su dueña, sin duda, se encamina.
¿Por qué extrañar que acuda sin aliento
Quien tiene en ella su esperanza fija,
Si una anciana decrépita anhelante
Viene, á pesar de la mortal fatiga?

ESCENA VIII.

MILCÍADES.—ARISTÓGITON.—EUFROSINA.

MILCÍADES. Euricléa, descansa: no te inquietes.

Aun la hora no es. Desde la esquina
De ese elevado pórtico, veremos
Pasar pronto la alegre comitiva.
¡Cuán hermosa estará!...

EURICLÉA. Mas ¿de quién hablas?

MILCÍADES. ¿Y preguntarlo puedes? De Eufrosina.

EURICLÉA. ¿Pero acaso no sabes?

MILCÍADES. ¿Qué?

EURICLÉA. La ofrenda
Vírgen mejor presentará. ¿La hija
De Hegesipo? Imposible. Impuras manos
Son por la diosa, sin piedad, malditas.

MILCÍADES. Y Eufrosina tal vez?... Habla; revela
Cuanto ahogándome está.

EURICLÉA. Nunca á la vista
De Minerva se oculta, ni el pecado
Que el pensamiento en soledad conciba.
La que cándida amaste, torpe mancha
Ha ofrecido á la gran sacerdotisa.
Ya retirada en su aposento, llora;
Y que venga Milcíades suplica.
Más no cabe decir. No me preguntes.
Sabe solo que cándida venía,
Cual corderillo que en el ara santa
Holocausto ha de ser; y ha sido víctima.

MILCÍADES. ¿Pero, cómo ó de quién?

EURICLÉA. Que ella te hable.
Mas, Milciades, ven: corre. Se agita,
Puesta en armas, la plebe. En todas partes
Se comenta el suceso. Con crecida
Pero asquerosa chusma, ya he encontrado
La vírgen sucesora de Eufrosina,
Que su puesto á ocupar, entre el aplauso
Del populacho en que nació, venía.
Todo, todo es agravio! .. Ven.

MILCÍADES Corramos.

ARISTÓGITON. Yo contigo tambien.

EURICLÉA. Detente. Cuida,
Si aquí viene, de Harmódio. Ahora su hermana
Solamente á Milcíades suplica,
Pues debió ser su esposo, que el agravio
Oiga en secreto, de su boca misma.

Ven, Milcíades, ven.

ESCENA IX.

MILCÍADES.—ARISTÓGITON.—EURICLÉA.—TESALO.

TESALO. Madre Euricléa,
Dame los brazos: de placer espira
Tu amoroso Tesalo, que ya alegre
Realizarse contempla lo que ansías.
EURICLÉA. No te acerques á mi, de hoy mas: aparta.
Ven, corramos, Milcíades. (*Vanse.*)

ESCENA X.

ARITÓGITON.—TESALO.

TESALO. Esquiva
Me rechaza Euricléa. ¿Qué sucede?
¿Por Atenas qué espíritu domina?
¿Quieres creerlo? La bondad de Hiparco
No es de todos con gozo recibida
Yelmos he visto relucir y espadas.
Por vez primera, con sañuda vista,
A mi paso, tambien varias personas
Se apartaron de mí, cual mi nodriza.
La ciudad hoy es júbilo: no obstante,
Nuestra guardia he encontrado apercibida
Yo nada sé. Más sábio, más experto,
Dame la clave del extraño enigma.
ARISTÓGITON. No difícil será. Crímenes reinan:
Y el castigo del crímen se aproxima.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

ARISTÓGITON.—TESALO.

TESALO. No hay accion, sencillísima que fuere,
Que no tilde quien se halla prevenido:
Y, con ojos que escrutan la conciencia,
En derredor observas intranquilo.
No son los planes que concierten otros,
Si no la fiebre de tu humor sombrío,
Quien de tramas inícuas la existencia
Te hace temer, con pernicioso aviso.
El que no te conozca, que no hubiese
Tu hermoso corazon á fondo visto,
¿Qué pensára de tí? nadie imagina
Lo que no hiciera delicuente él mismo.

ARISTÓGITON. Tal vez nazca de anhelo generoso
Por un dulce secreto que acaricio:
De una sombra hermosísima proceda
Quizás el sueño, en que impaciente vivo,
De un gobierno mejor: pero, Tesalo,
La verdad, por desgracia, hoy adivino.

TESALO. Más, ¿qué mayor, qué nueva circunstancia
Dá fundamento á tu recelo antiguo?

ARISTÓGITON. Aquí Harmódio se acerca: de su lábio
Podrás, si quieres, indignado oirlo.

ESCENA II.

ARISTÓGITON.—TESALO.—HARMÓDIO.

HARMÓDIO. ¡Cuán desgraciado soy; cuán miserable,
En poderlo sufrir, hermano mio!
ARISTÓGITON. Todo, todo lo sé.
HARMÓDIO. Mi hermana.. ¡ay triste!
ARISTÓGITON. Realizóse mi infausto vaticinio.
TESALO. Pero ¿ha muerto tal vez?
HARMÓDIO. Ojalá fuesen
Tus palabras verdad!...
TESALO. ¿Qué ha sucedido?
¿Qué más pudo ocurrir?
ARISTÓGITON. Acude á Hiparco:
Y él gozará, Tesalo, con decírtelo.
Para quien nace de prosápia honrada,
Menos es el morir que ser ludibrio.
HARMÓDIO. Ya sin honra quedé.
ARISTÓGITON. Llora, solloza.
Desahógate, Harmódio, hermano mio,
Salga el raudal de la caliente vena:
Permite al pecho su dolor sentirlo.
Mas, despues, en mis brazos recobrado,
La frente irguiendo con creciente brío,
El corazon, á la venganza santa,
Se abra, con firme palpitar, tranquilo.
Regocíjate, Harmódio: hoy el agravio
Suelta el vuelo á mis planes comprimidos,
Y, de la afrenta, surgirá tu nombre
Cual yo le anhelo, con doblado brillo.
Tiembla, Tesalo, por los tuyos; tiembla.
TESALO. No he temblado jamás: no te he ofendido.
Si los mios acaso te agraviaron,
Cuenta, al tomar satisfaccion, conmigo.
Pero en tanto que á Hiparco yo no viere,
Jamás le puedo atribuir delito.
Con tu inmenso dolor, déjote, Harmódio,
Mientras la causa, con verdad, descifro. (*Váse.*)

ESCENA III.

ARISTÓGITON.— HARMÓDIO.

HARMÓDIO. Gracias á Jove que tus brazos tengo. (*Abrazándole.*)
¡Ay de Harmódio sin tí! Ya lo has oido;
Me han dejado sin honra.

ARISTÓGITON. Bien pensaba.

HARMÓDIO. Sació Hiparco su encono, vengativo.

ARISTÓGITON. Otro será quien le aventaje, Harmódio,
De la ruda venganza en el camino.

HARMÓDIO. Sí, ya me apresto á la venganza.

ARISTÓGITON. Espera.
Que por ella te inquietes no es preciso.
Yo seré, yo seré: y hoy tu gobierno
Veré en Atenas, si triunfante vivo.
Mas que digan oráculos y leyes,
Hoy tu familia, Pisistrato, extingo.
Solo faltaba, para hacer que Atenas
Estallase rebelde, tu permiso.
Hoy tu agravio le dá. Hípias, Hiparco,
Todos muertos serán ó fugitivos.

HARMÓDIO. Esto nunca; jamás. No halagues planes,
Aristógiton, hoy de predominio.
El agravio es mayor de lo que piensas.
Su raza Hiparco con la mia ha unido;
Viendo luego, por él, indiferente,
Lanzar mi hermana del altar divino.

ARISTÓGITON. Basta: y fiate en mí. De aquí á un instante,
El Pontífice aleve habrá vivido. (*Vá á salir.*)

HARMÓDIO. ¿Qué proyectas? ¿Dó vás?

ARISTÓGITON. Voy por mi espada.

HARMÓDIO. Aristógiton, yo te lo prohibo.
Esa venganza le compete á Harmódio;
Y él se apresta á tomarla por sí mismo.
Nada tienes que hacer; yo te lo mando.

ARISTÓGITON. Aunque me intentes rechazar, te sigo.

HARMÓDIO. Acompáñame, pues.

ARISTÓGITON. Pero, ¿y las armas?

HARMÓDIO. Ahí las de Codro y de Teséo miro.
¿En qué empresa más justa?

ARISTÓGITON. *(Descolgando las espadas)* Harmódio, toma
A matar ó morir, hermano mio.

ESCENA IV.

ARISTÓGITON.—HARMÓDIO.—HÍPIAS.—CORTESANOS. Y SOLDADOS.

HÍPIAS. ¿Dónde armados correis? *(A Aristógiton y Harmódio.)*

HARMÓDIO. ¿Dónde?.. *(Mirándole con desprecio.)*

ARISTÓGITON. Bien pronto
Te lo vendrán, oh déspota, á decirlo.

HÍPIAS. Id tras ellos, volad. Conspiradores
Contra Aténas son ambos: decididos
Van... á morir; vigilan mis soldados
Hoy contra todo criminal designio.
Pero siempre conviene el plan que abriguen
Saber á fondo de sus lábios mismos.
A prenderlos, id, pues: mientras de lejos
(Con mofa.) Al discreto Calístenes oimos.

ESCENA V.

HÍPIAS.—SOLDADOS.—CORTESANOS.—PUEBLO.—CALÍSTENES. *(Dentro.)*

CALÍSTENES. En el nombre de Apolo y de Minerva
Y de su padre Júpiter, que rige
Del alto cielo hasta la humilde yerba
Y que mi voz á vuestro bien dirige.
No desprecies al justo: y del malvado
No envidieis la riqueza que os aflige.
¿Por ella hubierais la virtud cambiado?
Nunca: que el alma se mantiene pura;
Y el poder cada dia está mudado.
No hay familia que obtenga igual ventura
Que si al delito el bienestar no debe
Ni le remuerde la conciencia impura.

A la virtud el criminal se atreve,
Por contar con el mudo asentimiento
Del que es testigo de su accion aleve.
Del placer os separe el escarmiento:
De él se engendra el dolor, nace el cuidado,
De la incierta ventura de un momento.
Ningun pueblo estará bien gobernado
Si, como él á sus gefes, de las leyes
No acatan estos el poder sagrado.
¡Cuan infelices las humildes greyes,
Si no hubiera jamás varones claros
Que fijasen su límite á los reyes!
No trateis á monarcas de acercaros;
Más, si lo haceis, con la verdad sagrada:
Cual vosotros debeis aconsejaros
Lo que útil será, no lo que agrada.
(Conforme se vá avanzando esta plática, el teatro se vá llenando de varias clases de ciudadanos.)

HÍPIAS. Los preceptos oísteis, atenienses.
La mente, en Pálas, con uncion fijando,
Ahora elegid el general que debe
Ganar triunfante de la lucha el campo
Y que, en el caso de morir, os pueda
Por sus manos piadosas sepultaros.
Nueva prenda de union de mi familia
A la ciudad que por vosotros mando,
Garantiéndoos de Pálas el auxilio,
Propongo general á mi hijo Hiparco.

PUEBLO. ¡Vivan los Pisistrátidas!....

UN SOLDADO. Espera.

VARIAS VOCES. ¿Quién se atreve así á hablar?...

EL SOLDADO. Yo lo demando.

VARIAS VOCES. Fuera...

UNA VOZ. ¿Quién es?

OTRA. ¿Quién puede? Un gefiréo.

HÍPIAS. Pueblo, en su pró vuestra atencion reclamo.

VARIAS VOCES. ¡Viva Hípias!...

UNA VOZ. No hay nadie que tolere,
Como él, la intrusion de esos malvados.

EL SOLDADO. Si algo puede el valor, si la experiencia
Inútil no es para cojer el lauro
En la reñida lid, si la esperanza,

Del soldado en su gefe, debe en algo
Influir, atenienses, para el voto
Que vais á dar, el éxito cambiando
De la guerra tal vez, parad las mientes
En que aun vive Milcíades. Soldados,
A mi voto os unid: al grande héroe
Elegid sin demora, ciudadanos.

VARIAS VOCES. ¡Viva, viva Milcíades!...

EL SOLDADO. *(Con ironía)* Atenas
Puede en su seno conservar á Hiparco.
Y por su ausencia, no estarán sin jueces
Foros y templos de su culto faltos.

VARIAS VOCES. ¡Es verdad, es verdad!... El sacerdote
No debe dejar huérfano el santuario.

EL SOLDADO. Por vosotros la diosa conmovida,
Nos dará la victoria: y, sin cuidado,
Podrá el soldado, con seguro pecho,
Blandir la espada, combatiendo ufano.
Pero védle: aquí está. Pueblo de Atenas,
¿Quien eliges, Milcíades ó Hiparco?

VARIAS VOCES. A Milcíades!.. ¡viva!..

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—MILCÍADES.

MILCÍADES. Oidme.

VARIAS VOCES. Viva
El general que todos aclamamos!...

MILCÍADES. He ofrecido ser á Hipias obediente;
Hasta las tropas de su guardia mando,
Por un cálculo astuto de quien iba
A nuestras almas preparando un lazo;
Y aunque un crímen ya rompe mi promesa,
Por otro crímen me encontrais manchado.
Yo lo debo expiar.

HÍPIAS. Mas ¿qué delito?

MILCÍADES. Lanzada vísteis del recinto sacro
A mi esposa Eufrosina. En un instante
De extravío y rencor, manchóla Hiparco.

La infeliz me llamó: todo lo dijo.
Del adulterio si el castigo es blando,
La ley pena de muerte el sacrilegio;
Y sacrilega fué. De verla acabo:
Y sin vida quedó.

HÍPIAS. ¿Cómo?

MILCÍADES. La he muerto.
Ella misma tambien me lo ha rogado.

VARIOS. ¡Qué horror!

UN CIUDADANO. Los pisistrátidas arrojan
Ya la máscara, Clínias.

OTRO. Por su mano
¿Quién quitar osa al tribunal un reo?

OTRO. Es preciso á Minerva un desagravio.

MILCÍADES. Ya sabeis mi delito. Yo lo espíe.
Pero dejadme que antes, ciudadanos,
Del inícuo ofensor tome venganza.
Y si es cierto el rumor que á mí ha llegado,
Mientras yo, desterrándome de Atenas,
Muestro en Delfos contrito desagravio,
De los persas temblad que quien os rige
Besar no os haga las cobardes manos.
Atenienses, adios. Ya que lo espíe,
Mi crímen voy á consumar doblado.
Por Hiparco rogad.

HÍPIAS. Guardias, prendedle:
Y el delito impedid.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—TESALO.

TESALO. (*Entrando precipitadamente.*) No es necesario.
Padre, déjale libre.

HIPIAS. ¿Por qué lloras?

TESALO. Ya no tienes mas hijo que Tesalo.
Venus, saciando sus agravios, venga
En Hiparco el error de Pisistrato.

HIPIAS. ¿Qué ha ocurrido? Habla: dí. Mira que ansío

Tus palabras oir.

TESALO. Que á un riesgo vago
Encontrábase expuesto, que de un crímen
El baldon achacábase á mi hermano,
Supe hace poco: y á inquirir y á verle,
Volé impaciente. Le encontré en el átrio
Del templo, ya la procesion solemne,
Con arreglo á los ritos, ordenando.
Iba ya á hablarle, cuando, al lado mio,
Sonó un grito agudísimo: y armados
Vi acercarse á Aristógiton y Harmódio,
Por la turba confusa atropellando.
A su empuje caí. Cuando al instante
Me volví á hallar en pié, vi ensangrentado
El semblante de Harmódio, á Hiparco en tierra
Que, con voz balbuciente, agonizando,
Vueltos los ojos hácia aquel, decia:
«Muero feliz de tu bendita mano.
Perdonadle por mí. Sálvese Harmódio.
El culpable yo soy.» ¡Ruego bien tardo!...
Cuando así falleciendo prorrumpia,
Con Harmódio tus guardias acabaron,
Mientras, por defenderle, era Aristógiton,
Con mortales heridas, derribado.

HÍPIAS. A atajarlas corred.

TESALO. Ya no es posible.
Expiró, nuestros nombres execrando.
Yacen juntos los tres. Átropos justa
Las sangres enemigas ha mezclado.
Padre, ¡qué ejemplo para tí!... De Atenas
Deja el funesto codiciado mando.
Hoy el único hijo que ya tienes
A tus plantas lo pide prosternado.
Sí, padre, sí. Con el perdon, que afable
Me otorgaste implorase de tus labios
En favor de los pobres desertores,
Con el que por Milciades demando,
Permitiendo piadosa sepultura
A Harmódio y Aristógiton, saciado
Ya de tanto poder, sin quien lo herede,
Pues Tesalo lo abdica de antemano,
Vuelve á brillar en tu ciudad nativa

Como el hijo no mas de Pisistrato.

HÍPIAS. No te humilles ya más. Alza del suelo.
Aunque mi vida, aunque mi propio rango
Por defender, aunque las santas leyes
Por cumplir del oráculo sagrado,
No me obligáran á regir á Atenas,
Lo hiciera solo por vengar á Hiparco.
Poca es Atenas á la sangre mia.
Ya en acosado jabalí me cambio.
No me quiso leon. Clemente he sido
Desde hoy en sangre me verás bañado.

UNA VOZ. Muera!...

HÍPIAS. ¿Quien alza ese rumor? Al punto
Castigado será. Vuestro tirano
Soy: y he de ser. Con imperiosa fuerza,
Por bien de Atenas, lo dispuso el hado.
«Donde Hípias viviere, en absoluto
Dominar mandará» dijo el oráculo.
Existo aún: y entre vosotros vivo.
De hoy mas, sin freno me hallareis mandando.
Ya por última vez soy generoso.
Doy los indultos que pidió Tesalo.
(*A Milciades.*) Puedes libre partir á tu destierro.
Perdonados están los sentenciados.
Gocen de oscura, aunque indebida tumba,
Los asesinos de mi hijo Hiparco.
Pero nada más ya. Cuanto pudiérais
Exigir ya de mí, todo lo he dado.

UNA VOZ. Bien lo piensas, si el pueblo lo consiente.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—FILÓCLES.

FILÓCLES. Reprime al punto el imprudente lábio.
Por desgracia, la suerte le acompaña.
Pálas os hace de su sino esclavos.
Hierve en tropas la enhiesta ciudadela,
Cuya guardia dejásteis en sus manos;
Y riquezas y paz, armas y gloria,
Todo se halla pendiente de su mando.

EL SOLDADO. Ojalá que no fuera de este modo!..
Pronto fuera Milcíades vengado!...

FILÓCLES. Reina, domina en paz, Hipias astuto.
¿Quién pondrá á tus propósitos obstáculo?
Es en vano intentar el resistirte.
Todo se halla en tu mente calculado.
De quererte expulsar muéstrome reo:
Y lo son los mejores ciudadanos.
Pero inútil es todo. En la esperanza
De la fiesta de hoy, ya preparados
Solamente esperábamos la seña,
Por si hacérsenos hoy pudiera acaso;
Cuando el rumor se difundió creciente
De haber Harmódio asesinado á Hiparco.
No bien sonó, sin aguardar aviso,
Descubiertos hallarnos recelando,
A la calle lanzámonos: del puerto
Las avenidas todas ocupamos:
Y un inmenso clamor llevó á los muros
De independencia el grito sacrosanto.
Pero apenas el pérfido Nestéo
A tu alcázar llegó, fuimos cercados,
Descendiendo, cual tígres á la presa,
Rienda suelta, tus torpes mercenarios:
Y únicamente con arrojo estremo
Logró Megácles escapar al campo.
Ciento fueron con él: los demás huyen,
En sus casas las armas ocultando.
No sabrás quiénes son, aunque lo intentes
Acreciendo tormentos. Pobre anciano,
He robado una víctima á tus iras.
Ya se encuentra Calistenes á salvo.
Entre el tumulto, junto al hijo yerto,
Por los tuyos cayendo atropellado,
Fué sacado por mí. Ya, con Megácles,
Solo espera á Aristógiton: sus brazos
Tiéndense á aquel que, por desgracia suya,
No ha de volver á sostener sus pasos.
¡Venturoso ya de él: feliz Harmódio!
¡Nunca sereis, cual los demás, esclavos!..

MILCÍADES. Mas nos queda un recurso. Quien me siga
Otra pátria tendrá. Hoy la fundamos.

En las costas del Asia, nuevo imperio
Del yugo de los persas arrancando,
Yo la conquistaré. Mi crímen sea,
Con tan rudos afanes, expiado.

EL SOLDADO. Dó, Milcíades, vayas, te seguimos:
Y algun dia tal vez acá volvamos,
No como el huésped á mansion agena,
Sino cual propio bien revindicando.

TESALO. Padre, ya vés que la discordia surge
Por tu causa no más.

HÍPIAS. Ruegas en vano.
Yo no puedo ser súbdito en Atenas.
Los oráculos mismos lo vedaron.

TESALO. Padre, tampoco someterse puede
Tesalo á ser el hijo del tirano.
Con vosotros me voy. *(A Milciades.)*

HÍPIAS. Tesalo...

VARIAS VOCES. Viva!...

TESALO. No me digas ya mas. *(A Hipias.)*

VARIAS VOCES. Viva Tesalo!...

HÍPIAS. Solo en Atenas, con mi nombre. . Solo.
Oid. No me culpeis. Si horrendo estrago.
Cuando falte de aquí, llueve en Atenas;
De ella sabeis que me ausenté forzado.
Mis soldados, venid!... Cuántos, mis hechos
Por compartir, comprometió mi mando,
Todos salid de la ciudad conmigo.
Dó viva, vivireis. Reine Tesalo.

TESALO. Mal me juzgas, oh padre.

HÍPIAS. Nada temas:
Por donde vaya, viviré mandando.
Y mejor que Milcíades, imperios
Puedo fundar, con extender mi mano.
Animo, pues, mis fieles servidores.

TESALO. Déjame, padre, sostener tus pasos.
Mientras vivas errante y receloso,
No faltará tu hijo de tu lado.

HÍPIAS. Gracias, Minerva, que á mi sangre clamas.
Ven: la suerte quizás te esté esperando. *(A Tesalo.)*
Tú, Milcíades, oye. Si los dioses
Abandonan conmigo al pueblo ingrato,
Si el poderoso amigo, en quien confio,

Acrecienta aun mis fuerzas; temerario,
¿Qué vas á hacer? Sacrificar á Atenas.
No por ella, por tí, lánzome al campo.
(*Vase con Tesalo y los suyos.*)

MILCÍADES No pasarás de Maraton. Si muero,
Pálas mi tumba cubrirá de lauros.
(*Volviéndose al pueblo.*) Atenienses, de hoy más, respirad libres:
Y á las razas futuras educando,
Los nombres de Aristógiton y Harmódio.
Mármoles digan y el perpétuo canto.

EL CORO DEL PUEBLO. No has muerto, caro Harmódio,
Con doble fuerza existes.
No solo en nuestros pechos
Dó jamás tu memoria ha de extinguirse,

Sino que, alegre el alma,
Del lazo térreo libre,
Sin duda ya en la isla
De los dichosos semidioses vives:

Allí donde aseguran
Que están el raudo Aquiles
Y el hijo de Tidéo,
Arrojado Diomédes invencible.

Tu espiritu animoso
Feliz se regocije:
Que armados siempre iremos,
Por si análogo ultrage se repite.

Madrid: 30 de Marzo de 1866.

EL SOBERANO ENCANTADO. (1)

Es poderoso el rey moro,
Que blancos cabellos peina;
Más tantos pesares sufre,
Que de sus pueblos se ausenta
Y, sin marcado camino,
Cruza por la áspera sierra.
«Testigo de mis desgracias,
Triste pátria, adios te queda;
Pues, aun que hermosa te lloro,
Nacer en tí no quisiera.
Una hija tuve: Tortosa
Se despoblaba por verla:
Y Gerineldos, mi page,
Durmió con ella en la vega.
Quise matarla: dolióme:
Su fuga aumentó mi pena:
Y un hijo, en el cual adoro,
Por ser cristiano me deja.
Adios, ciudad maldecida:
Que nunca á tu seno vuelva.»
Dice el rey moro; y su rostro
Amargas lágrimas riegan.
Lleva enlutado el real manto,
Insignia de su grandeza,
Y en el arzon de la silla
La augusta corona cuelga.
Azota el viento furioso
Los cóncavos de la sierra;
Y el ancho cielo dolido
Con negra sombra se vela.
Pasan los años: el manto
Del rey á gastarse empieza;

(1.) Cerca de Tortosa parece á los ojos ó se acostumbra á ver con los de la fantasía un personaje á caballo, en vez de un pico enriscado, en el perfil de Sierra límite al par de Aragon, de Cataluña y Valencia; y el vulgo, con imaginacion de artista, vé en el ginete al rey moro último de la comarca.

Y, sin embargo, el monarca
Siempre sus pueblos recuerda.
Todas las tardes los montes,
Cuando el sol les hiere apenas,
Sienten subir á caballo
El rey, que de allí contempla
De filigrana el alcázar
Y la mezquita soberbia:
Y una de aquellas, llorando,
Así el rey moro se expresa.
«Es cierto, ciudad, que un hijo
Su pátria y familia deja
Y hasta el misterio sagrado,
Que el padre anciano profesa;
Y es cierto tambien que un page
Puede causarle una afrenta
Con hijas, que al padre matan,
Huyendo despues con ellas:
Más, nunca, ciudad, su crímen
A tí alcanzarte pudiera;
Que vás, cual profunda llaga,
Dentro de mi pecho impresa.
Toros ví, cañas rompia
En ti, cuando jóven era,
Y, tras del alta ventana,
Era acechada mi vuelta.
Decrépito soy: del sitio,
Donde mis tesoros quedan,
Saqué mi corona; y vengo
Con ella, por vez postrera.»
Dijo: y en sombra confusa,
Tortosa á borrarse empieza.
Los ojos vuelve á mirarla
El rey; y encantado queda.
Vega y ciudad, desde entonces,
De verle siempre se alegran:
Y el rey, porque en calma vivan
Su pátria y su reino, vela.

Tortosa: Setiembre de 1858.

EL DELFIN ENAMORADO. (1)

Pobre delfin, que enamoró tu forma,
Niño gentil, de nácar y de leche,
Donde, aunque sangre por tus venas corre,
Solo se encuentra fascinante nieve;
Todas las tardes, á la misma hora,
Lánguido arrastro por la orilla verde,
Hasta que, oyendo mis gemidos, dejas
Que en mís espaldas por el mar te lleve.
Desde el instante, en que te ví nadando,
Desde que afable te acercaste á verme,
Desde que juegas con mi amor, el alma
Vive esperando cuando al ágna vienes.
Y eso que acaso mi impotente anhelo
Con tu contacto delicioso crece:
Siento de mano carecer que toque,
Siento de lábio carecer que bese.

(1) Si esta poesía agrada ¡cuánto le debo á Aulo Gélio.

CORRECCION.

Aunque el lector suplirá con su buen juicio las erratas que se deslizan inevitablemente en la impresion de todo escrito, por cuidadosa que sea; parece oportuno advertir varias de ellas que, de ser adivinadas, pudiera esto suceder exponiéndose á alguna equivocacion y teniendo que ocupar en ello trabajo ó tiempo.

Así, pues, ha de advertirse que en la página 7, línea 25, debiera decir: «*y constituir allí, si fuere dable, un reducido Estado,*» en el 47 ha de leerse el cuarto verso:

¡Si pudiéralo yo! Tú me dijiste:

En la 50 es el 14:

De amorosos amigos rodeado,

En la 55 ha de entenderse el 16 de este modo:

Logróse todo lo que el alma anhela.

Y en la 64, la segunda palabra de la primera línea incluye malamente el adjetivo *precioso,* en lugar del de *preciso,* que es el adecuado y el que en el manuscrito habia.

Finalmente, á faltas leves es debido tener que rectificar aquí los siguientes versos:

En la página 69, línea 25:

Cuando los persas á humillarla acuden

En la página 70, línea 30:

Vacilando, sin fuerzas, la nodriza

En la página 71, línea 35:

Todo, todo es agravio! .. Ven.

En la página 72, línea 16:

No es de todos con gozo recibida.

En la misma página, línea 22:

Nuestra guardia he encontrado apercibida.

En la página 74 línea 19:

Desahógate, Harmódio, hermano mio.

En la página 76, línea 5:

Harmódio, toma.

Y en la página 77, línea 5:

De él se engendra el dolor: nace el cuidado